
Selección
TERROR
ADAM SURRAY
SOLO MAYORES DE 18 AÑOS
¡VUELVE A LA TUMBA, HELEN!


st
SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

344 – La carroña está servida, *Lou Carrigan*.
345 – Nana por una difunta, *Curtis Garland*.
346 – En las garras del terror, *Ada Coretti*.
347 – Un diablo en apuros, *Clark Carrados*.
348 – Profesor de espiritismo, *Ralph Barby*.

ADAM SURRAY

¡VUELVE A LA TUMBA, HELEN!

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 349
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 29.917 - 1979
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: noviembre, 1979

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1979

CAPITULO PRIMERO

Aquel siete de mayo fue un día amargo para Arthur Browne. Su mente no cesó de luchar contra el recuerdo. Y perdió la batalla.

Ahora, cuando las calles de Dallas se engalanaban de multicolores luminosos de neón, Arthur Browne penetraba en su solitario apartamento. Ajeno al bullicio reinante en Little Street. A la alegre vida nocturna que se iniciaba.

Para Arthur Browne sólo existía dolor y desesperación.

Helen.

Su amada y dulce Helen...

Hacía exactamente un año. Un siete de mayo. En el cementerio de Wise Road. Tierra húmeda sobre el ataúd de Helen Scott.

Arthur Browne cerró los ojos con fuerza. Como queriendo así borrar aquel recuerdo grabado en su mente. No había esperado la fecha del aniversario para rememorar la muerte de Helen.

No.

Helen seguía anidando en su corazón. Como el primer día en que se conocieron. Ni un solo instante había dejado de pensar en ella. Evocando segundo a segundo los momentos vividos en aquella corta y trágica luna de miel.

Todo estaba en la mente de Arthur Browne.

Imborrable.

Aquellas tres semanas de inmensa felicidad. El regreso a Dallas, un siete de mayo. El accidente...

Arthur Browne alcanzó la botella de whisky dejándose caer en el sofá que adornaba el salón. Del bolsillo interior de la chaqueta extrajo la billetera. Allí guardaba la fotografía de Helen.

La contempló esbozando una amarga sonrisa.

—Helen... Helen...

Browne aplicó el gollete de la botella a los labios bebiendo largamente. Volvió a posar su mirada en la fotografía. En ella no se podía apreciar la suavidad de los cabellos femeninos. El brillo de sus almendrados ojos. La tersura de su joven y bronceada piel...

Veinticuatro años de edad. Es triste morir joven. Apenas iniciado el camino del amor.

Arthur Browne también era un individuo joven. Contaba veintiocho años. Rostro aniñado que se acentuaba aún más por el abundante pelo rubio.

Igualmente para Browne había sido corto el sendero del amor. Empezó y terminó con Helen Scott. Ninguna otra mujer. Ninguna otra podía reemplazar a Helen.

Un ano...

Toda una eternidad para Arthur Browne.

Volvió a beber. Como todas las noches, pero aquélla iba a ser distinta. Era el aniversario de la muerte de Helen. El recuerdo del amor perdido se hacía más intenso. Más angustioso. La soledad se manifestaba aún más cruel.

Hizo mal rechazando la invitación de su amigo Ralph Skerritt. Él le habría ayudado a combatir los recuerdos, la soledad, la desesperación... Ralph Skerritt y sus alegres chicas.

Browne abandonó el salón encaminando sus pasos hacia el dormitorio. Se despojó de la chaqueta cambiando la botella de mano, Ninguna otra prenda. Ni tan siquiera los zapatos.

Se dejó caer sobre el lecho.

No encendió la luz de la habitación. No era necesario. El luminoso del Stefanis proyectaba su luz sobre el ventanal. Letras de neón en rojo, amarillo, verde y azul que parpadeaban en cortas y reiteradas intermitencias.

Arthur Browne continuó bebiendo.

Una y otra vez llevó el gollete de la botella a sus labios.

Paulatinamente sus ojos se tomaron vidriosos. Una placentera pesadez se apoderó de sus párpados. Una somnolencia que disipaba los recuerdos de su mente.

Quedó dormido.

Con el brazo derecho extendido colgando fuera de la cama. La botella de whisky había escapado de su mano.

Arthur Browne abrió bruscamente los ojos. Sobresaltado. Como si hubiera despertado de una pesadilla.

Se pasó el dorso de la mano por la sudorosa frente. Todo su cuerpo aparecía bañado en frío sudor.

Se incorporó sentándose en el borde del lecho.

Cuando se disponía a encender la cercana lámpara de la mesa de noche, escuchó el mido. Procedente del living.

Fue muy leve…

Semejante al chirriar de una puerta.

Arthur Browne sacudió la cabeza para alejar su aturdimiento. No escuchó ningún otro sonido, pero sí vio la sombra.

La puerta de la habitación estaba abierta. De ahí que le resultara visible la sombra que se alargaba desproporcionada por el corredor. Proyectada por la iluminación del salón.

La sombra iba avanzando.

Muy lentamente.

Sin ruido.

Como si se deslizara sin pisar el suelo.

Arthur Browne tendió su diestra hacia la mesa de noche. Abrió el cajón. Allí, al alcance de su mano, estaba la «Sterling». Una automática del calibre veintidós. Seis balas.

Apuntó hacia la entrada.

La sombra se recortó bajo el umbral.

—Estoy armado — advirtió Browne —. Un paso más y dispararé. ¡Levante las manos!

La fantasmagórica sombra no obedeció.

—Arthur...

Browne se estremeció de pies a cabeza. Fue como si le hubieran sumergido en un baño de agua helada.

Volvió a escuchar la voz.

—Arthur...

Un convulsivo temblor se adueñó de Arthur Browne. Reconocía aquella voz. Era la voz de Helen. Estaba seguro. No la había olvidado.

—No... no es posible...

La sombra avanzó.

—Arthur, ven... ven conmigo...

La sombra prosiguió su avance. Pronto quedaría enfocada por uno de los intermitentes destellos del luminoso exterior.

Y así fue.

Un fogonazo multicolor envolvió a la fantasmal aparición.

Arthur Browne gritó de terror.

Sí.

Era Helen.

Su amada y dulce Helen que había regresado del Más Allá.

* * *

La reconoció.

Pese al encanecido pelo y la extremada palidez de su rostro. Los ojos parecían más hundidos. La enteca expresión de sus facciones hacía que los pómulos se marcaran sobre la piel. Su delgadez resultaba alucinante, pero para Browne no había la menor duda.

Era ella.

Helen.

Arthur Browne ya no encendió la lámpara, sino que se abalanzó sobre el interruptor acoplado junto al cabezal del lecho

Iluminó la habitación.

Y el terror se acentuó en Browne.

La mujer vestía un gris uniforme compuesto por ancha chaqueta y larga falda. Iba descalza.

—Helen... estás muerta... no es posible...

Los ojos de la mujer poseían un brillo infrahumano. Sus facciones, inexpresivas, como acartonadas, semejaban una máscara de cera. Lentamente extendió los brazos. Tendiendo sus manos hacia el horrorizado Browne.

—Arthur, mi amor... he venido a buscarte...

Browne retrocedió.

—No... no eres real... ¡Esto es una pesadilla! ¡Vete! ¡Vete!... ¡Vuelve a la

tumba, Helen!

—Arthur...

Ya estaba muy próxima.

Browne podía percibir el fétido aliento de su boca. Y también sintió la mano derecha de la mujer posarse sobre su hombro Una mano dotada del espeluznante frío de la muerte.

Arthur Browne trastabilló alucinado. Quedó arrinconado contra una de las paredes de la habitación. Temblando presa del terror.

La mujer, aquel cadáver viviente, volvió a avanzar. De nuevo su voz horrorizó a

Browne.

—Arthur, ven...

—No te acerques... vete...

La mujer sonrió. Sus acecinadas facciones parecieron crujir. De sus finos labios, casi inexistentes, asomaron unos amarillentos dientes. Muy afilados. Destacando los dos colmillos que sobresalían punzantes. Como los dientes de un...

Sí.

Arthur Browne lo comprendió ahora.

¡Los dientes de un vampiro!

¡Helen había retomado del mundo de los muertos convertida en vampiro!

—Arthur, mi amor...

De nuevo sus manos de largos y huesudos dedos buscaron a Browne. Otra vez la proximidad de su pestilente aliento...

Arthur Browne, aferrando la Sterling con ambas manos, apretó el gatillo.

Una.

Dos.

Tres veces...

Hasta vaciar el cargador.

CAPITULO II

The Lobster era uno de los más elegantes y a la vez populares centros de diversión de Dallas. Emplazado en Barrio Cook. A mitad de la bulliciosa y longitudinal Little Street. La zona más dinámica de la' ciudad.

El local disponía de diferentes salas. Discotheque, snack-bar, night-club y salón de juego. Este último era uno de los más concurridos. Ocupaba la planta superior. Mesas de ruleta, dados, kino, black-jack, chemin de fer... hasta las populares máquinas slot-machines.

—Tenemos problemas, Ralph.

Ralph Skerritt no borró la sonrisa de sus labios. Era uno de sus mejores atractivos. Su cínica e insolente sonrisa. También sus grises ojos mantenían un sempiterno brillo burlón. Su aspecto era el de un caballero. Con un elegante smoking en tejido de alpaca color hueso. Con sus ademanes refinados... Sólo que Ralph Skerritt distaba mucho de ser un caballero.

—¿Qué ocurre, Lorne?

Lorne McGullers, pit-boss (*Jefe de croupiers*) de la sala de juego, se pasó un níveo pañuelo por la frente.

—La señora Harrison. Quiere los diez mil dólares que ayer perdió su marido. Amenaza con avisar a la policía.

Ralph Skerritt se encogió despreocupadamente de hombros. Del bolsillo interior del smoking extrajo una cajetilla de Dunhill.

—Eso no es asunto mío, Lorne. Mortimer es el patrón, ¿no? Que él se las ventile con la tal señora Harrison.

—Es Mortimer quien me envía en tu busca, Ralph. Como último recurso.

—Comprendo. ¿Dónde está la señora Harrison?

—En el Salón Azul.

Ralph Skerritt asintió con un leve movimiento de cabeza. Encendió el cigarrillo abandonando con parsimonioso paso la sala de juego. Uno de los elevadores le condujo a la planta baja.

Discotheque, snack-bar y dirección.

Antes de llegar al denominado Salón Azul se encontró con Gordon Mortimer. El adiposo y retaco propietario dé The Lobster. Con su brillante semicalva y sus ojos de sapo.

—¡Maldita sea, Ralph! ¡Muévete! Esa bruja se está impacientando. Difícilmente he logrado evitar que telefonee al gobernador.

Skerritt rió divertido.

—¿Al gobernador ? ¿Y por qué no a Washington?

El mofletudo rostro de Gordon Mortimer no compartió la risa. Pese al eficaz sistema de aire acondicionado, sudaba copiosamente.

—No es momento de bromas, Ralph. Esa víbora tiene influencias. Está emparentada con el senador Salkow.

—¿Qué diablos quiere? Su marido perdió diez mil dólares jugando al

póker. Yo mismo fui uno de sus contrincantes. El que mayor tajada se llevó. Al terminar la partida nos despedimos cordialmente. Era un viejo muy simpático.

—Y fundador de la Harrison Company, de Houston. No es él quien reclama, sino su esposa. Asegura que encañamos al viejo. Ella es miembro de la Asociación de ¡Buenas Costumbres y Moralidad de Texas.

—¿Le has dicho que tú eres socio de la Mafia?

—¡Oh, Ralph!... Deja tus ironías para mejor ocasión. Ayúdame. Lo has hecho otras veces con éxito. Tienes un don especial para embaucar a las mujeres. Esa bruja amenaza con una inspección oficial en The Lobster. Sé que, a la larga, nada conseguiría; pero quiero evitar el escándalo. Al... Sindicato tampoco le agradan las investigaciones en los locales encuadrados bajo su protección.

—Okay, Gordon.

—Gracias, muchacho. No lo olvidaré.

—Seguro. Te va a costar mil dólares, ¿conforme?

Mortimer enrojeció.

Iba a replicar con irritado gesto, pero finalmente optó por mover afirmativamente la cabeza.

La burlona sonrisa se acentuó en Skerritt. Muy poca distancia le separaba ya del denominado Salón Azul.

Empujó la puerta de entrada a la estancia.

Un espacioso salón del que, paradójicamente, el color azul brillaba por su total ausencia. Mobiliario de regio estilo, predominando el color oscuro. Severos cortinajes y profusión de fríos objetos de adorno.

Una mujer paspaba nerviosamente por la estancia.

Giró al oír abrir la puerta.

—Disculpe —sonrió Skerritt, cordial—. Creo que me he equivocado... Buscaba a la señora Harrison.

—Yo soy la señora Harrison.

Ralph Skerritt fingió una mueca de asombro.

A decir verdad sí estaba sorprendido, pero no hasta el extremo reflejado en su rostro. Esperaba encontrar a una mujer de unos sesenta a setenta años. La edad aproximada a la del señor Harrison.

—Vuelvo a presentar respetuosas disculpas, señora Harrison. No esperaba hallar a una mujer tan joven.

Vangie Harrison recibió de buen grado el halago. Ya había cumplido los treinta y ocho años de edad. Eso de «una mujer tan joven» le hizo mella.

—¿Quién es usted? El señor Mortimer dijo que me enviaría a un alto cargo de The Lobster para solventar el problema que, sinceramente, dudo tenga solución. También usted me parece muy joven, señor...

—Skerritt. Ralph Skerritt. Deduzco que somos de una misma edad.

Vangie Harrison sonrió por primera vez.

No calculó más de treinta años en aquel atractivo individuo.

—¿Cuál es su cometido en The Lobster, señor Skerritt?

—Le ruego que me llame Ralph. Por favor...

Sus miradas se enfrentaron.

Ralph Skerritt fue el primero en bajar los ojos. No por timidez, sino para recrear su mirada por el cuerpo de la mujer. Con insolencia. Deteniéndose deliberadamente en las pronunciadas curvas del cuerpo femenino.

Vangie Harrison no estaba del todo mal.

Su rostro, pese al exceso de maquillaje, resultaba atractivo. En especial aquella boca grande de carnosos labios. Su cuerpo había alcanzado el cénit de madurez y sensualidad. Una lozanía que sólo se logra en el período comprendido entre los treinta a cuarenta años de edad.

Lucía un vestido de cocktail que resaltaba la morbidez de su cuerpo. Sus senos eran opulentos, controlados con dificultad bajo la fina tela. Las caderas de pronunciada curva insinuaban largos y esbeltos muslos.

Se percató de la lujuriosa mirada a que era sometida, pero no pareció importarle. Incluso la recibió con cierta excitación que se delató en el tenue rubor de sus mejillas.

—De acuerdo, Ralph. Ya que somos de... una misma edad, nos tutearemos. Mi nombre es Vangie.

Skerritt sonrió.

Había resultado más fácil de lo esperado.

—Este es un salón frío para hablar y discutir de negocios. Vamos a tratar nuestro asunto en atmósfera más acogedora.

Ralph Skerritt la tomó del brazo. Deliberadamente rozó con sus dedos el seno izquierdo de la mujer. Vangie percibió el contacto, aunque sin hacer lo más mínimo por esquivarlo.

Se encaminaron hacia una puerta camuflada tras uno de los severos cortinajes.

La nueva estancia era diametralmente opuesta al Salón Azul. Reducida, confortable y de reducido mobiliario. Tan sólo un sofá, una artística mesa de cortas patas y un carro-bar.

La iluminación era muy tenue.

—¿Quieres beber algo. Vangie? — inquirió Skerritt, cerrando tras de sí.

—Pues...

—Déjame a mí. Prepararé un combinado de mi especialidad.

Ralph Skerritt manipuló en la coctelera.

Hielo, ginebra, vermut seco y brandy.

Sirvió los vasos con sendas guindas.

Vangie Harrison se había acomodado en el sofá cruzando provocativamente las piernas.

—Bueno, Vangie... Debo empezar por confesarte que yo fui uno de los jugadores de la partida de póquer en que entró el señor Harrison. Al final, dado que nuestras pujas eran las más elevadas, nos enfrentamos. Concluida la partida me felicitó. Demostrando ser un buen perdedor. Me sorprende que

ahora...

—Mi marido ignora que estoy aquí — interrumpió Vangie, bebiendo a pequeños sorbos el cóctel —. Esta mañana, antes de salir hacia Terrell, me comentó la emocionante partida de póquer celebrada en The Lobster. No es la primera vez que le engañan en el juego. Ralph. En Las Vegas, Los Angeles, Miami... Es un buen jugador, pero demasiado entusiasta. Ensimismado en las jugadas no distingue a un caballero de un desvergonzado tahúr.

Skerritt se sentó junto a la mujer.

—Yo soy un profesional del póquer, Vangie. Lo reconozco. Y como profesional no puedo hacer trampas. Sería mi perdición. Quedaría marcado y desterrado de todas las salas de juego. Tampoco necesito hacer trampas para ganar.

—¿Por qué se celebró la partida en un reservado? El salón de juego es el único autorizado legalmente para...

—Vangie, por favor. Era una partida de póquer entre cuatro caballeros. Decidimos celebrarla en un lugar discreto, ajeno a las miradas de los curiosos. Ocurre en todos los casinos. Recientemente, Douglas Stewart, el magnate del acero, perdió cerca de los cien mil dólares en una sola partida. De haberse celebrado en el salón de juego, al día siguiente todos los periódicos sensacionalistas del país comentarían el hecho. Los clientes importantes no desean eso y saben que pueden confiar plenamente en nosotros. Comprendo que si el señor Harrison ha sido engañado en anteriores ocasiones dudes de la honradez de The Lobster. Yo sólo puedo asegurarte una cosa, Vangie. Los diez mil dólares de ayer los perdió en buena lid.

—Mis referencias de The Lobster no son muy...

—Un momento. Vangie. No te estoy hablando de The Lobster, sino de la partida de ayer en la que formó parte. Mírame a los ojos —Skerritt posó sus manos sobre los hombros femeninos—. No hubo trampas, Vangie. ¿Me crees?

La mujer no contestó.

La posible respuesta quedó olvidada al sentir la mano de Skerritt deslizarse sobre su seno izquierdo para luego abarcarla por la cintura.

La atrajo contra sí besándola en la boca.

Vangie le recibió con los labios entreabiertos. No opuso resistencia cuando Ralph Skerritt la fue reclinando suavemente sobre el sofá. Tampoco cuando sus ávidas manos hurgaron en el escote para acariciar los exuberantes senos. Ni cuando deslizó el cierre lateral del vestido.

Todo lo contrario.

Vangie Harrison respondió volcánicamente a cada una de las caricias. Enfebrecida por el deseo. Con un ardor y sensualidad muy poco acorde en un miembro de la Asociación de Buenas Costumbres y Moralidad.

* * *

—Déjame a mí, Ralph...

Vangie enderezó el lazo del smoking.

Ralph Skerritt aprovechó la proximidad de la mujer para enlazarla por la cintura y besar por enésima vez aquellos gordezuelos labios.

—No. Ralph... Suéltame —jadeó Vangie, aferrándose sin embargo a él—. Debo irme... No puedo regresar muy tarde al hotel y... ¿qué es eso?

Ralph Skerritt también se vio sorprendido por el súbito alboroto. Aunque amortiguados por la distancia, eran audibles los gritos y ruidos.

—De seguro alguien que no sabe perder.

Rieron al unísono.

—Mañana abandonamos Dallas, pero en nuestra próxima visita diré a mi marido que juegue en The Lobster y seas tú su contrincante. Me gustaría volver a... reclamar.

—Te estaré esperando con impaciencia.

Pasaron al Salón Azul.

Ahora si fue más audible el alboroto. A los gritos y maldiciones se unía el estruendo de mesas y sillas al caer.

—Parece que los muchachos encargados de mantener el orden están en dificultades —comentó Skerritt—. Será preferible que salgas por el night-club o por el parking subterráneo. Utiliza el ascensor privado.

Ralph Skerritt acompañó a la mujer hasta el fondo de la amplia sala. Descubrió un oculto panel acoplado en la pared pulsando uno de los botones. Casi al instante se abrió automáticamente la doble hoja del elevador.

—Yo marcharé desde aquí, Vangie.

—Adiós, Ralph...

Intercambiaron un último y fugaz beso.

Ralph Skerritt, una vez que la cabina iniciara el descenso, suspiró con fuerza.

Todo había salido bien.

Deliciosamente perfecto.

Y encima estaban los mil dólares prometidos por Mortimer.

Ralph Skerritt abandonó el Salón Azul silbando alegremente.

Fue en el snack-bar del vestíbulo donde se había originado el altercado. Dos empleados levantaban sillas y mesas recogiendo también destrozados ceniceros y jarrones de adorno.

La clientela era reducida. El júbilo, dado lo avanzado de la hora, se centraba en el night-club y en la sala de juego.

Gordon Mortimer apareció procedente de uno de los despachos privados. La irritada expresión de su rostro no se borró pese a la sonrisa de Skerritt.

—Bueno, Gordon. Solucionado. He convertido a la señora Harrison en una de las mejores clientes de The Lobster.

—Te felicito.

—Puedes abonarte felicitaciones —Skerritt encendió un emboquillado—. Me conformo con los mil dólares acordados.

Gordon Mortimer intentó sonreír, pero le salió una desagradable mueca. Su

excitación era manifiesta.

—No te llegarán esos mil dólares para pagar los destrozos, Ralph. ¿O prefieres que avise a la policía?

Skerritt entornó los ojos.

—¿De qué hablas?

—Tu amigo Arthur Browne. ¡Ese maldito borracho! Llegó vociferando como un loco. Quería hablar contigo. Al decirle que esperara unos minutos no atendió a razones. Comenzó a gritar golpeando a todos cuantos intentaron retenerle. No voy a tolerar que...

—¿Dónde está?

Gordon Mortimer señaló con el pulgar hacia atrás una puerta que lucía la advertencia ce prívate.

—Pagará hasta el último centavo de los daños causados, Ralph. Te hago a ti responsable. Por lo de pronto puedes dar por perdidos los mil dólares que...

Ralph Skerritt ya no le escuchaba. Con presuroso paso se encaminó hacia la puerta. Giró el pomo empujando la hoja de madera.

La estancia correspondía a uno de los muchos despachos privados reparados per The Lobster.

Arthur Browne estaba en un sillón. Con la cabeza hacia atrás. Los ojos cerrados. Con un pañuelo trataba de contener la sangre que manaba abundante de su nariz y labios.

Próximo a él se encontraba un corpulento individuo con aspecto de catcher sonado.

—Hola, Ralph —sonrió el individuo—. Tuve que ablandarle un poco la cabeza a tu amigo para que...

Arthur Browne, al oír el nombre de Ralph, abrió los incorporándose con rapidez.

—¡Ralph!... ¡Era ella!... ¡La he matado!...

—Está manchando la alfombra de sangre —murmuró el catcher, moviendo apesadumbrado la cabeza —. Eso no le gustará al señor Mortimer...

Skerritt rodeó con fuerza los hombros de su amigo.

—Tranquilo, Arthur. Te acompañaré a casa y...

—¡Era ella, Ralph!—interrumpió Browne, con desencajado rostro—. ¡Helen! ¡La he matado!...

Ralph Skerritt parpadeó repetidamente.

Aquello parecía ser algo más que una de las habituales crisis alcohólicas de Browne.

—Okay, Arthur. Vamos a casa. Allí me lo contarás todo.

Browne asintió con desorbitados ojos. Sumiso y tembloroso aceptó los protectores brazos de Ralph Skerritt.

CAPITULO III

El sol brillaba con fuerza, pero resultaba difícil que sus rayos llegaran a iluminar el asfalto de Little Street. Y más que imposible el que se filtraran en el interior de la habitación ocupada por Arthur Browne.

Ralph Skerritt salió del cuarto de baño.

Tenía punzadas por todo el cuerpo. Apenas había dormido cuatro horas y el sofá del salón no resultó muy confortable. Echó en falta su cómoda cania del no menos acogedor apartamento de la Ross Avenue.

Ya había preparado el café. Muy negro. Muy cargado. Sin azúcar.

Con una repleta y humeante taza penetró en la habitación de Browne. Este aún dormía. El somnífero proporcionado por Skerritt hacía su electo.

Ralph Skerritt dejó la taza de café sobre la mesa de noche.

Después de encender un cigarrillo se aproximó al ventanal. El luminoso del Stefanis reposaba en espera de la noche. Los bloques de gris cemento eran, sin los destellos de neón pródigos en Little Street, tristes y sucios. Unos chiquillos jugaban inocentemente lanzando sus tirachinas sobre un aterrado gato.

Skerritt esbozó una sonrisa.

También él se había criado en Barrio Cook. Junto con Arthur Browne. Ambos quedaron huérfanos a muy temprana edad. La calle fue su mejor escuela. La calle... y el reformatorio de Kromersville.

El reformatorio de Kromersville.

Benéfica institución para enderezar a los descarriados. Aprender un oficio... y muchas cosas más. Como reventar una caja fuerte, las partes principales de una «Magnum», como fabricar una «bubi»... (*Bomba de tiempo casera*).

Si.

Enseñanzas básicas para la jungla de asfalto. Especialmente en Barrio Cook. Zona donde elegantes night-clubs se confundían con tugurios. Donde aristocráticos visitantes se entremezclaban con marginados. En insospechada promiscuidad.

Ralph Skerritt y Arthur Browne lucharon por salir del fango. En el reformatorio de Kromersville se esforzaron en aprender también la parte buena que les suministraba aquella hipócrita sociedad.

Arthur Browne salió como experto encuadernador. Las finas manos de Ralph Skerritt le encasillaron en el dibujo. Tras el paso por la marina de los Estados Unidos retornaron a Texas. A Dallas. A casa. Dispuestos a abrirse camino

No fue fácil.

Al menos para Ralph Skerritt.

Su inconformismo y rebeldía innata se resistieron a los idiotizantes dibujos publicitarios de una agencia. Intentó el cómic; pero los editores rechazaban un

trabajo donde el capitalismo, la burguesía y el orden establecido no salían triunfantes.

Skerritt volvió a sonreír recordando aquellos años.

Era un incauto. Un iluso lleno de utópicas ideas. Un cómic donde el héroe resultaba ser un chicano que luchaba contra los explotadores tejanos del Río Grande que utilizaban mano de obra barata y clandestina procedente de México.

Un héroe chicano... cuando el mito Superman renacía de las cenizas.

Arthur Browne sí se sometió. Continuaba en su trabajo de encuadernador. Un empleo seguro. Un sueldo fijo... una explotación garantizada.

Ralph Skerritt se cansó de aquella desigual lucha. En el reformatorio de Kromersville sus finas manos aprendieron algo más que el dibujo. De ahí que terminara por aceptar el ofrecimiento de Gordon Mortimer. Jugador de póquer para clientes importantes. A un veinte por ciento de las ganancias y libre de las pérdidas. Sin horario fijo ni figurar en nómina. También surgía algún que otro trabajo de relaciones públicas en The Lobster. Como en el caso de la señora Harrison.

—¡No!... ;No!... ¡NO!...

Los súbitos gritos turbaron los pensamientos de Skerritt.

Arthur Browne se había incorporado quedando sentado en el lecho. Sudaba copiosamente.

—Tranquilo, muchacho —Skerritt se aproximó sonriente—. Has tenido una pesadilla.

—Ralph...

—¿Te encuentras mejor?

—¡Tienes que ayudarme, Ralph!—exclamó Browne tendiendo sus manos —. Helen...

—Un momento, Arthur. Ayer estabas... algo bebido. De ahí que no hiciera mucho caso a tus palabras. Te proporcioné un somnífero y has dormido cerca de ocho horas. Ahora vas a darte una ducha fría y tomar una taza de café.

—¿No lo comprendes. Ralph? ¡He matado a Helen!

—No pienso escucharte hasta que sigas mis instrucciones. Ducha fría y café. Te espero en el salón.

—¡Ralph!...

Skerritt hizo caso omiso a la llamada de su amigo.

Abandonó la habitación dirigiéndose al salón.

Sobre el sofá descubrió la billetera de Browne. Abierta. Mostrando la fotografía de Helen.

Ralph Skerritt la recogió depositándola encima de uno de los muebles. Antes de cerrarla contempló la fotografía.

Helen...

Una magnífica muchacha. Una perfecta compañera. La mujer que todos los hombres sueñan y difícilmente encuentran. Arthur Browne fue el afortunado, aunque la felicidad le duró muy poco.

Ralph Skerritt también recordaba el fatídico siete de mayo de hace un año. Cuando Browne le llamó de madrugada desde el Bancroft Center. Un accidente de auto. A la entrada de Dallas. Cuando regresaban de la corta luna de miel. Browne salió sin un rasguño. Las heridas de Helen también superficiales, pero el shock le afectó al corazón. En el Bancroft Center no lograron superar aquel fallo cardíaco. Y al atardecer de aquel mismo día era enterrada en el cementerio de Wise Road.

No había familiares que avisar. Helen era también una solitaria. Una paloma en la ciudad de cemento. No podía sobrevivir.

Ralph Skerritt y Arthur Browne.

Sólo ellos despidieron el ataúd de Helen.

Dos hombres y ninguna oración. Habían olvidado las aprendidas en el reformatorio a golpes de correa, pero poco importaba. Dios supo leer en sus corazones.

—Ralph...

Skerritt giró cerrando la billetera.

Arthur Browne avanzaba con vacilante paso. Se cubría con un largo albornoz de baño. Su abundante pelo rubio aún goteaba.

—¿Has tomado el café?

—Sí...

—Siéntate, Arthur. ¿Un cigarrillo?

Browne aceptó

Se acomodaron en el sofá.

—No estoy loco, Ralph. Te juro que...

—Tranquilo, muchacho. Cuéntame todo con calma. Sin precipitarte.

Browne asintió con repetidos movimientos de cabeza.

Respiró con fuerza.

—Estoy... estoy tranquilo, Ralph. Mientras me duchaba he pensado mucho. Trataba de convencerme a mí mismo de que todo fue una pesadilla, pero no puedo aceptar esa hipótesis. Todo fue real, Ralph. Horrorosamente cierto. Ayer... ayer fue el aniversario de la muerte de Helen.

—Lo sé, Arthur. ¿Olvidas que intenté persuadirte para que cenáramos juntos y luego ir al Zoska Theatre?

—Quería estar solo. Ralph. Rememorar los momentos felices vividos con Helen. Llegué temprano al apartamento. Los recuerdos empezaron a atormentarme.

Tomé una botella de whisky y fui al dormitorio. Bebí bastante, pero no hasta el extremo de perder la razón. Aún puedes ver la botella. Sabes que tengo bebido mucho más sin llegar a emborracharme. Me dormí, aunque pronto desperté sobresaltado. Bañado en sudor, iba a desnudarme cuando escuché el ruido. Como el chirriar de una puerta o una ventana al abrirse.

Browne hizo una pausa.

Succionó nerviosamente el cigarrillo.

—Entonces vi la sombra avanzar por el corredor. Sospeché que se trataba

de un ladrón y atrapé mi «Sterling». La sombra se recortó bajo el umbral. Advertí que si daba un paso más dispararía. Fue entonces cuando me llamó por mi nombre. Quedé paralizado. Había reconocido la voz..¡Era la voz de Helen! ¡Tienes que creerme, Ralph!

—Sigue. Arthur.

—Sí... Encendí la luz de la habitación. Y pude verla... Era Helen. Con el pelo muy canoso, extremadamente pálida y delgada... casi esquelética. Vestía una desproporcionada chaqueta gris y larga falda. Parecía un uniforme de reclusa. Me hablaba... quería llevarme con ella... Yo estaba horrorizado, Ralph. Consciente de hallarme frente al cadáver de Helen. ¡Un cadáver viviente! Tendió sus manos hacia mí. Unas manos escuálidas y frías... Su aliento era fétido. Retrocedí presa del terror quedando en uno de los rincones de la habitación. Ella volvió a avanzar en mi busca. Pareció sonreír. Entonces... entonces fue cuando descubrí sus dientes.

—¿Qué más, Arthur? — Interrogó Skerritt, ante la prolongada pausa de su amigo—. ¿Qué ocurrió luego?

—Sus dientes, Ralph. Eran los dientes de un vampiro.

Ralph Skerritt no pudo reprimir una significativa mueca de incredulidad.

—Oye, muchacho...

—Entonces disparé—prosiguió Browne, con expresión ausente—. ¡Disparé sobre ella! ¡Hasta vaciar el cargador! Vi como su cuerpo acusaba cada uno de los impactos. Vaciló. Iba a desplomarse sobre mí... Esquivé la caída de su cuerpo saliendo de la habitación como alma que lleva el diablo. Corrí por Little Street como un poseso. Tropezando con la gente y ajeno al estridente chirriar de los coches que Frenaban para no atropellarme... Un patrullero de la Metropolitan Pólice me detuvo. Con torpes palabras le expliqué lo ocurrido. Llamó a dos agentes más. Me acompañaron al apartamento y...

—Y ya no estaba el cadáver de Helen.

—Había desaparecido.

—Jamás estuvo aquí, Arthur —Skerritt se incorporó del sofá—. ¿No comprendes lo absurdo de tu historia? ¡Helen está muerta! ¡Murió hace un año! ¡Reposa en el cementerio de Wise Road!

—Si no era ella ¿contra quién disparé?

—Nadie estuvo aquí, Arthur! ¡Nadie! Era el aniversario de la muerte de Helen. Empezaste a pensar en ella. Quedaste dormido con una botella de whisky y a! despertar fue cuando echaste a correr escaleras abajo. ¡Para contarle a la policía tu pesadilla! Porque fue eso, Arthur. ¡Una pesadilla!

—Disparé sobre ella. Ralph.

—¿Escuchó alguien los disparos?

Browne denegó con un lento movimiento de cabeza.

—Ya conoces el bullicio de Little Street. Y mi vecino es una call-girl que regresa a casa de madrugada. La policía no me creyó. No encontró casquillo alguno. Incluso se mostró generosa al no denunciarme por escándalo público

y burla a la autoridad. Fue entonces cuando acudí a The Lobster en tu busca.

—No me lo recuerdes.

—No querían darme razón de ti, Ralph. Estaba muy excitado y...

—Necesitas descanso, muchacho. Vas a dejar de acudir al taller de encuadernación por una temporada. Te daré dinero y...

—No, Ralph. Creí que me conocías mejor.

—¡Maldita sea, Arthur! Precisamente por conocerte bien se que estás enfermo. Siempre has sido un tipo equilibrado. Muertos que andan, vampiros... Me recuerda cierto guión que me impuso un editor para realizar un cómic. El vampirismo es un tema ya muy explotado, muchacho. Y no hay más muertos que los del Reino de las Tinieblas.

—Los muertos no temen a nada, ¿verdad, Ralph?

—Correcto, Arthur. Están muy seguros en su ataúd.

—Entonces ¿por qué Helen se llevó mi «Sterling?

* * *

Ralph Skerritt cerró uno de los cajones del armario de violento patadón. Había registrado minuciosamente la habitación, el cuarto de baño y el salón.

Arthur Browne, apoyado en el marco de la puerta, le contemplaba con inexpresivo rostro.

—¿Por qué lo haces, Ralph? ¿Desconfías de mí? ¿Crees que he mentido y escondo la pistola?

Skerritt se sentó en el lecho.

Encendió un cigarrillo.

Definitivamente, la pistola no estaba en el reducido apartamento de Browne.

—No dudo de ti, muchacho. Igualmente me consta que no mientes, pero la «Sterling* puede estar en cualquier rincón que tú no recuerdes y...

—Sabes que siempre la guardaba en la mesa de noche. La compramos juntos, ¿lo has olvidado? Tú un «Smith & Wesson» y yo la automática «Sterling». Al disparar sobre Helen solté el arma y salí corriendo. Los policías tampoco la encontraron. De ahí que mi historia les resultara aún más incrédula. Un borracho, un cadáver que desaparece, pistolas que no existen...

—De acuerdo, Arthur. Supongamos que tu pesadilla te impulsó a coger la «Sterling» de la mesa de noche. Tu mente estaba ofuscada. De seguro saliste a la calle con el arma en la mano. La perdiste antes de encontrarte con el patrullero. No llegaste a disparar. Lo imaginaste. Al igual que toda la condenada historia. No hay rastro de nada, muchacho. Todo fue producto de tu atormentada mente. Tienes que dejar de beber... y de pensar en Helen.

Browne esbozó una triste sonrisa.

—Muy buen consejo. Digno de Ralph Skerritt. Tú eres incapaz de amar. No te molestaré más. Vuelve a The Lobster a desplumar incautos.

—No puedo convencerte, ¿verdad?

—¿Convencerme? ¡Soy yo quien trata de hacerte comprender que todo fue real! Solo que tú me consideras un ser débil atacado de delirium tremens. Has olvidado demasiado pronto, Ralph. El estar forrado de dólares influye en ello. ¿Por qué no recuerdas alguno de los episodios "de nuestra infancia o las sesiones de... aprendizaje en el reformatorio? En aquel antro de crueldad e incomprensión sí resultaba fácil sufrir pesadillas; pero jamás las tuve. El corazón se había endurecido. No se es débil por recordar a la mujer amada ni por buscar la compañía, de una botella de whisky. El débil eres tú, Ralph. Tú que te has doblegado dejando de luchar contra las dificultades. Olvidando las ilusiones forjadas. Es más sencillo y rentable aceptar el dinero fácil. Te has convertido en uno de esos individuos que odiábamos de niños. Eres uno más.

—Arthur...

—¡Al diablo contigo!

Browne giró, encaminándose al salón.

Ralph Skerritt llegó segundos más tarde.

Se aproximó a su amigo para arrebatarle la botella de whisky. También él aplicó el gollete a los labios.

Chasqueó la lengua.

—Okay, Arthur. Todas tus acusaciones son ciertas. Me cansé de dar cabezazos contra la pared. He traicionado mis propios ideales. Me he corrompido. La mujer es para mí un simple objeto de placer. No tengo sentimientos. No creo en el amor. No creo en nada... salvo en la amistad. Soy tu amigo, Arthur. Siempre lo he sido. No podrás acusarme de lo contrario.

Arthur Browne movió lentamente la cabeza.

Desviando su mirada de Skerritt.

—Discúlpame, Ralph... No debí hablarte así. Siempre has sido más inteligente que yo. Los idealistas somos una raza a extinguir. Eres muy libre de vivir como te plazca.

—No me he unido a ellos, Arthur. Sigo combatiéndoles, aunque ahora utilizo sus mismas armas. Ya no estoy en desventaja. La ambición, el poder, el vicio... Es fácil burlarles.

—No tienes que justificarte ante mí. Ralph.

—Me resultaría muy difícil —sonrió Skerritt, pasando la botella a su amigo—. ¿Qué le parece si almorzamos juntos?

—No. Tengo que solucionar mi problema. Descubrir que todo fue real... o una espantosa pesadilla. Debo averiguar la verdad o terminaré por volverme loco. Es lógica tu incredulidad y la comprendo.

—Tengo una buena idea, muchacho. A medianoche, terminado mi deambular por The Lobster, pasare a buscarte. Será una prueba definitiva.

—¿A qué te refieres?

—Muy sencillo, Arthur. Vamos a saber si Helen salió o no de su tumba. Iremos al cementerio de Wise Road.

CAPITULO IV

Era muy joven. De unos veintidós años de edad. Muy bella. Rostro de perfecto óvalo coronado por un corto y favorecedor peinado. Largas pestañas adornaban sus ojos color del ágata. Nariz breve. Labios gordezuelos y exultantes.

Lucía un vestido de gasa estampada en blanco y verde. La cintura, marcada muy baja, recogía el vuelo de la falda. Una capellina del mismo tejido se acoplaba sobre sus hombros.

—Lo lamento, señorita; pero el señor Mortimer no puede recibirla ahora.

—Son sólo unas simples preguntas que...

—Buenas noches, señorita.

El gerente de The Lobster se alejó dejando a la muchacha con la palabra en la boca.

Ralph Skerritt, que se encontraba también en el lujoso hall de entrada al night-club, se adelantó sonriente.

—Tal vez yo pueda ayudarte, Janis. Me pareció oírte pronunciar ese nombre, ¿no? Janis Janssen.

—Cierto, señor...

—Llámame Ralph. Soy Ralph Skerritt, relaciones públicas de The Lobster.

La joven hizo un mohín.

Desconfiando de aquella cínica, aunque simpática sonrisa.

—Dudo que puedas ayudarme, Ralph. Necesitarías la autorización del señor Mortimer para responder a determinadas preguntas.

—En absoluto. Tengo carta blanca para todo

—De acuerdo, Ralph. ¿Dónde podemos hablar?

Skerritt, por toda respuesta, tomó del brazo a la muchacha conduciéndola hacia el túnel de abovedadas paredes que serviría de entrada al night-club.

La espaciosa sala se hallaba en ese momento bañada por una tenue luz. La orquesta ejecutaba una romántica melodía que había llenado las dos pistas de baile de parejas.

A la izquierda un pequeño mostrador donde las *cocktail-waitréss* atendían los pedidos de las mesas. El servicio, exceptuando el maître y los dos *barmen*, era femenino. Las muchachas, todas ellas jóvenes y de gran atractivo, lucían vestimenta top-less; aunque protegidos los desnudos senos por mallas. También cerca del mostrador deambulaban complacientes damas a la espera de algún cliente.

El escenario donde actuaba la orquesta era giratorio, dotado de muchos decorados y complicada tramoya capaz de variar la escena en cuestión de segundos. Las dos pistas de baile circundadas por mesas. Unos reservados, separados por artísticos biombos, se emplazaban a ambos lados del escenario a modo de palcos.

Sobre la mesa de uno de esos reservados una cartulina con el nombre de

«Ralph Skerritt».

—¿Qué te parece, Janis? La mejor mesa del local siempre a mi disposición.

La joven tomó asiento en un diván curvo de dos plazas.

Fijó sus ojos en Skerritt.

En inquisitiva mirada.

—Relaciones públicas, ¿eh?

—Ajá.

—No te creo una sola palabra, pero me resultas simpático. Incluso puede que consiga más información de ti que del propio Gordon Mortimer. Estoy escribiendo una serie de artículos sobre la vida nocturna de Dallas.

Ralph Skerritt chasqueó la lengua.

—Me parece una investigación poco apropiada para una jovencita.

—Soy mayor de edad. Colaboro con varios compañeros en la creación de un libro-reportaje. A cada uno nos ha sido asignada una determinada misión. Yo me limito al personal femenino que trabaja en los night-clubs. Desde la chorus-girl a la call-girl, englobando incluso a las mujeres de los servicios. He estado formulando infinidad de preguntas entre las chicas del Screec. Carlton, Roxy, New Stop y demás locales importantes. Ahora me proponía entrevistar al señor Mortimer para contrastar sus declaraciones con las recibidas del personal de The Lobster; pero ya es la segunda vez que se niega a recibirme. Puede que tenga miedo. No estamos realizando una vulgar guía para turistas, sino un reportaje-denuncia.

Ralph Skerritt sonrió.

Con marcado sarcasmo.

—Apuesto que en sus declaraciones las chicas dejan en muy buen lugar a sus respectivos jefes.

—La mayoría de ellas.

—Era de suponer.

—¿Qué quieres decir, Ralph?

La llegada de una de las camareras, con sus opulentos senos ceñidos por transparente malla, interrumpió la conversación. Dedicó una insinuante sonrisa a Skerritt.

—Buenas noches...

—Hola, Stella. ¿Qué vas a tomar, Janis?

—Un manhattan.

—Para mí lo de siempre, Stella.

La mujer se alejó retornando a los pocos minutos con el pedido.

Ralph Skerritt alzó su vaso de whisky.

—¡Por el éxito de vuestro libro-denuncia! Os aventuro el premio Pulitzer.

—¿Por qué tanta ironía, Ralph?

—¿Qué chicas de The Lobster has entrevistado, Janis?

—Bastantes. Entre ellas la que acaba de servirnos.

—¿Stella? Magnífico. ¿Qué te ha dicho?

—Pues... no recuerdo con certeza, pero sus respuestas a la encuesta no difieren mucho de las restantes. Disfruta de un sueldo fijo, tiene una gratificación mensual, no está obligada a alternar con los clientes. A mi pregunta referente a la obligación de ir en top-less respondió que no le importaba. Está muy contenta de trabajar en The Lobster.

—Maravilloso. Añadiré aleo, Janis. Algo que no se publicará en tu libro-denuncia. Stella tiene ahora veintiocho años. Nació en Nueva York. A los dieciocho entró como modelo en una casa de alta costura controlada por la Mafia. Fue obligada a prostituirse para complacer a clientes importantes. Tres años más tarde era lanzada como star en un club neoyorquino. A los veinticuatro años la desplazaron a Chicago para que actuara en un local especializado en strip-tease. Más tarde en la nómina de una sala de... masajes igualmente controlada por el Sindicato. Recientemente la han destinado aquí. Como top-less. No alterna con los clientes, pero si uno de ellos se encapricha de Stella no dudes que se encontrarán en uno de los reservados. Quiera o no quiera Stella. Está ahorrando al máximo. Sabe que su próximo destino será uno de los locales de tercera categoría de cualquier ciudad. Y el siguiente, y definitivo paso, la convertirá en una vulgar call-girl. Cuando su degradación física y moral llegue al máximo, la Mafia la dejará en libertad.

—¿Es cierto eso? — parpadeó Janis, incrédula.

—Seguro. La historia real que jamás te contará Stella ni ninguna de sus otras compañeras igualmente controladas, dominadas y explotadas por el Sindicato del Vicio.

—Pero... ¿por qué? ¿Por qué se dejan explotar así?

—Algunas han conseguido escapar. Muy pocas. Los tentáculos de la Mafia son extremadamente largos y difíciles de burlar. Las rebeldes aparecen con el rostro desfigurado por el ácido... o no aparecen jamás.

—No puedo creerlo.

—Te comprendo, pequeña. Es la postura más cómoda. Ignorar la verdad.

—¿Qué hace la policía? ¿Por qué no interviene?

Skerritt sonrió

—Para ser periodista resultas un tanto ingenua, Janis. Apuesto que estás empezando. La mitad de la policía combate el crimen organizado. Su labor es dinamitada por la otra mitad que se deja sobornar.

—¿Tienes pruebas?

Ralph Skerritt extrajo del bolsillo un rotulador y un pequeño cuaderno de blancas hojas. Con rápido, seguro y magistral trazo dibujó el rostro de un hombre.

—¿Sabes quién es, Janis?

La muchacha demoró la respuesta. Asombrada por aquella facilidad de Skerritt en realizar el dibujo. Reaccionó moviendo afirmativamente la cabeza.

—Renzo Vitali. El actual «padrino de Dallas.

—Okay. Es un secreto a voces, sin embargo, el periodista que relacione a Vitali con un crimen de la Mafia cometido en Dallas será demandado de

inmediato por injurias.

—Comprendo. No hay pruebas ni...

—Olvídalo, Janis — Skerritt rodeó con el brazo derecho los hombros femeninos— No era mi intención desanimarte. Tú sigue con el trabajo. Tal como lo has ido realizando hasta ahora. ¿Quién has dicho que te paga los garbanzos?

—La Baxter Press.

—Pues bien. La Baxter Press aceptará el trabajo, aunque les conste que es falso. No puede arriesgarse a publicar la verdad. Hace algún tiempo presenté un cómic a un editor. La historia verídica de una menor violada por un alto jefe de la Mafia. Lógicamente alteré el nombre de los protagonistas, pero el símil era manifiesto. El editor no sólo rechazo el cómic, sino que pasó aviso a la Mafia. Dos gorilas se presentaron en mi apartamento, me dieron una paliza y me hicieron tragar todo el cómic.

—¿Te dedicas al dibujo de cómic? Este dibujo, hecho en segundos, es magnífico y con una...

—Mi especialidad son los desnudos femeninos — Skerritt atrajo a la joven contra si—. ¿Quieres posar para mí?

Janis no respondió.

Sus labios habían quedado aprisionados por los de Skerritt.

Tras someterse al largo beso se zafó con agitado respirar.

—Eres... eres muy impulsivo, Ralph. Un hombre sorprendente y extraño.

—Haré que me conozcas mejor. Janis. Podemos empezar por...

El amortiguado sonido de un timbre interrumpió a Skerritt. Empotrado en la pared, próximo al diván, se ocultaba el teléfono.

Ralph Skerritt abatió la camuflada hoja atrapando el micro.

—Aquí Skerritt... Okay. Páseme la llamada... ¿Qué te ocurre, Arthur?... ¿Ahora?... De acuerdo, Arthur. Salgo para ahí de inmediato.

Ralph Skerritt colgó el auricular cerrando de nuevo la trampilla.

Posó sus ojos en la muchacha.

—Lo lamento, Janis; pero debo irme. Ha sido un placer conocerle.

—Peni...

Skerritt se incorporó alejándose a grandes zancadas.

Janis Janssen, estupefacta, le siguió con perpleja mirada. Lentamente movió la cabeza de un lado a otro.

Sí.

Ralph Skerritt era un tipo muy extraño.

* * *

Aunque The Lobster y el apartamento de Arthur Browne sr emplazaban en Little Street, separados tan sólo por algo más de un centenar de números, Ralph Skerritt utilizó su Chevrolet «Corvette».

Estacionó en doble fila.

Frente al 1.463 de Little Street.

La llamada de Arthur Browne, demandando con alterada voz su presencia, le había inquietado. Parecía muy nervioso. Asustado...

El 1.463 de Little Street correspondía a una casa antigua de agrietada y gris fachada. Sus cuatro únicas plantas carecían de ascensor. La escalera era estrecha y húmeda.

Ralph Skerritt llegó al segundo piso.

Pulsó el llamador de entrada.

Encendió un cigarrillo para acto seguido reiterar la llamada. Tras segundos de espera procedió a golpear la puerta con los nudillos.

La hoja de madera se entreabrió.

Skerritt arqueó las cejas.

Empujó la puerta adentrándose en el apartamento. El salón era la única pieza iluminada.

—¡Arthur!...

La llamada de Skerritt no recibió respuesta.

Después de echar una rápida mirada al salón avanzó por el corredor abriendo la habitación de Browne.

Accionó el interruptor.

Tampoco Arthur Browne se encontraba allí.

El teléfono de la mesa de noche aparecía descolgado.

Ralph Skerritt abrió la puerta del contiguo cuarto de baño. La estancia sí estaba iluminada. Lo primero que vio fue el caído taburete. Luego los pies.

Skerritt quedó como paralizado bajo el umbral.

Pálido.

Contemplando el cadáver de su amigo.

Arthur Browne colgaba del techo. Un cinturón se cenia a su garganta. El otro extremo, por uno de sus orificios, pendía de un saliente próximo a la lámpara de! techo.

Browne tenía la cabeza ladeada. El cuello brutalmente torcido. La lengua asomaba desmesurada por entre los contraídos labios. Una desencajada mueca desfiguraba sus facciones. Lo más alucinante erais sus ojos. Muy abiertos..

Unos ojos que parecían enfrentarse a la horrorizada mirada de Ralph Skerritt.

CAPITULO V

Cecil Hutton mordisqueó el apagado cigarro pasándolo de un lado a otro de la comisura de los labios. Carraspeó un par de veces. Aquella maldita tos y su úlcera de estomago eran populares en la Metropolitan Police. Llevaba más de veinticinco años como policía. Empezó como patrullero, pero no había pasado de sargento.

Y moriría de sargento.

Cecil Hutton se limitaba a cumplir con su trabajo. Sin ambiciones ni intrigas para ascender.

Era un buen policía.

Honrado.

Insobornable.

No.

Cecil Hutton no pasaría de sargento.

—Creo que me ocultas algo, Ralph.

Ralph Skerritt estaba en el sofá del salón. La cabeza inclinada. Contemplando fijamente la nívea ceniza del cigarrillo.

Alzó la mirada.

—No, Cecil.

—Los dos conocíamos bien a Arthur, muchacho. Recuerdas los viejos tiempos, ¿verdad? Yo patrullaba por Barrio Cook. Tú y Arthur haciéndome la vida imposible. Tú no has cambiado, Ralph; pero Arthur... Me resisto a creer que se haya suicidado. Claro que después de lo de Helen estaba siempre muy deprimido. ¿Sabes de algo que le impulsara a tan trágica decisión?

—No.

Cecil Hutton chasqueó la lengua.

—Eres un mal bicho, Ralph. Un perfecto bastardo. Te consta que Arthur pasaba por un mal momento. Ya no se conformaba con un vaso de whisky. Necesitaba la botella. Mi trabajo ya no es deambular por las calles de Barrio Cook, pero sigo informado de todo cuanto ocurre. Ayer fue un mal día para Arthur.

—Todos los días eran malos para Arthur desde la muerte de Helen.

—Ayer debió ser un día especial. Arthur fue encontrado por un coche patrulla. Tengo el informe. Arthur aseguraba haber disparado sobre... Helen. Sobre su difunta esposa.

—Conozco la historia.

—Seguro. Cuando los policías no le hicieron caso acudió a The Lobster en tu busca. ¿Qué tienes que decir?

—Ayer era el aniversario de la muerte de Helen. Arthur tal vez bebió demasiado. Me contó la misma historia que a los policías. Pasé la noche aquí. Esta mañana parecía más tranquilo. Quedé en reunirme con él a la salida de The Lobster; pero telefoneó para rogarme que acudiera de inmediato.

—¿Para qué?
—No lo sé.
—¡Y un cuerno!—vociferó el sargento Hutton—. ¿Cuánto tiempo te llevó el acudir aquí desde la llamada de Arthur?
—Unos diez o quince minutos. Salí de inmediato del club. El tiempo de maniobrar para sacar el auto del aparcamiento y...
—Correcto, muchacho — interrumpió Hutton, con sarcástica mueca—. Quieres hacerme creer que Arthur te telefoneó únicamente para que le vieras colgando del techo? Si en verdad quería algo de ti, ¿por qué no aplazó su decisión de suicidarse?
—¡Déjame en paz!
—Puede que Arthur necesitara tu ayuda. Tu presencia para que la idea del suicidio se borrara de su mente, pero esos quince minutos fueron demasiado largos para él. Pobre Arthur... No merecía acabar así. El no.
Ralph Skerritt se incorporó.
La palidez aún se mantenía en sus facciones.
—¿Puedo irme?
—Sí, Ralph. Lárdate. Te espero mañana en mi despacho para que firmes tu declaración. No lo olvides.
En ese momento era sacado el cadáver de Arthur Browne en una camilla de ruedas. Envuelto en una sábana. Dos individuos de paisano y un uniformado agente seguían a los camilleros.
Cecil Hutton se situó frente a ellos.
—Esperad, muchachos... — el sargento se inclinó para deslizar la sábana y descubrir el rostro de Arthur Browne—. Echa un último vistazo. Ralph. ¿Quieres apostar a que también tú terminas trágicamente?
Skerritt apretó las mandíbulas.
Sus ojos no ocultaron un destello de ira. No contemplaron el cadáver, sino que quedaron fijos en Cecil Hutton.
—Yo soy un jugador. Cecil. Lo sabes. Siempre apuesto sobre seguro. Arriesgaría hasta el último centavo apostando que eres feto de padre desconocido.
El agente uniformado se adelantó amenazador, pero un gesto del sargento Hutton le frenó.
Skerritt y Hutton enfrentaron sus miradas.
En tenso silencio que fue roto por el sargento de la Metropolitan Pólice.
—Mañana en mi despacho, Ralph.
Skerritt no replicó.
Giró sobre sus talones abandonando el apartamento.
Minutos más tarde se acomodaba frente al volante del «Corvette». Hizo rugir el motor presionando a fondo el pedal del gas.
Faltaban pocas horas para el amanecer.
Las calles del Barrio Cook desiertas. Gran parte de la ciudad dormía. Una aparente calma dominaba Dallas. Una tranquilidad que jamás llegaría a ser

completa.

Robos, asesinatos... y suicidios eran también hermanos de la noche.

Mientras que el dedo índice de su zurda presionaba el llamador, con los nudillos de la mano derecha golpeaba la puerta.

El ruido, dado el silencio nocturno, era notable.

Ralph Skerritt cesó de llamar al percatarse de que era observado por la mirilla de la puerta. Acto seguido escuchó el deslizar de la cerradura y de la cadena de seguridad.

La hoja de madera se abrió.

Una mujer de unos veinticinco años asomó su somnoliento rostro. Se cubría con una larga bata precipitadamente anudada a la cintura. Parecía ser única vestimenta. Los opulentos senos mostraban casi su total convexidad.

—Eres muy poco oportuno, Ralph. No hace ni treinta minutos que me he acostado y vienes a...

—Despierta a Harold —interrumpió Skerritt, adentrándose en el apartamento.

—¿Harold?

—¡Sí, maldita sea! ¡Tu hermano Harold!

—¿Quieres decir que no vienes por mí?

Ralph Skerritt empujó a la mujer para poder avanzar por el estrecho corredor. Abrió la segunda de las puertas tanteando la pared en busca del interruptor.

Iluminó la estancia.

El individuo con aspecto de catcher, el que golpeara a Arthur Browne, roncaba ruidosamente con los brazos extendidos y la boca entreabierta.

Skerritt tomó el vaso de agua depositado sobre la mesa de noche.

Lo arrojó al rostro del durmiente.

El individuo se incorporó con rapidez quedando sentado en el lecho. Empezó a mover los puños a la vez que sacudía la cabeza.

—¡No tires la toalla, Alan!... ¡Aguantaré otro asalto! ¡No tires...!

—Tranquilo, Harold — Skerritt le zarandeó—. No estás en el ring.

Harold Powell bizqueó.

—Ralph... ¿qué haces aquí? La habitación de Shirley...

—Te busco a ti, Harold.

—¿Ocurre algo? ¿Te envía, el señor Mortimer?

—¿Quieres ganarte quinientos dólares, Harold?

La pesada somnolencia se desvaneció en Harold Powell. Sus ojos se agrandaron como platos.

—¡Seguro! ¿A quién tengo que dar una paliza?

—Vístete rápidamente, Harold. Dentro de treinta minutos pasaré a recogerte. Espérame ya en la calle.

Skerritt salió al corredor.

Shirley Powell seguía en el living. En su rostro una mueca. Los brazos en jarras. El lazo anudado a la cintura se deslizó entreabriendo la bata.

Sí.

Aquella bata era su única vestimenta,

Senos prominentes y erguidos, vientre liso, amplias caderas, mórbidos muslos...

El espectáculo del cuerpo femenino pródigamente al descubierto no fue apreciado por Skerritt que prosiguió su paso sin detenerse, aunque sí dedicó unas palabras de despedida.

—Perdona las molestias, Shirley. Buenas noches.

—¡Bastardo! ¡Eres un perfecto...!

La irritación de la mujer era ahora originada por la indiferencia demostrada por Skerritt. Este volvió a situarse al volante del «Corvette. De nuevo el auto circuló a gran velocidad por las silenciosas calles de tráfico casi inexistente. Sin abandonar Barrio Cook llegó a la Ross Avenue.

Detuvo el vehículo frente al 771.

Empleó veinte minutos en subir a su apartamento y cambiar su elegante vestimenta por una chaquetilla de piel, un jersey cuello cisne y pantalón. Todo ello en tonos oscuros.

El «Corvette» volvió a realizar el mismo recorrido, aunque ahora en sentido contrario.

Harold Powell ya le estaría esperando.

No se equivocó.

El corpulento individuo estaba realizando pequeños saltos y movimiento de brazos como si sirviera de contrincante a un invisible enemigo.

El auto frenó con estridente chirriar.

Ralph Skerritt abrió la portezuela.

—¡Adentro, Harold!

Harold Powell obedeció.

—Oye, Ralph... Has dicho quinientos dólares, ¿no es verdad?

—Ajá.

Skerritt, sin aminorar la marcha, encendió un cigarrillo. Pasó la cajetilla a su acompañante.

El «Corvette enfiló hacia Highgland Park.

El Barrio Cook ya había quedado atrás.

—¿Adónde vamos, Ralph?

—Nos detendremos en el primer drugstore a comprar una pala.

—¿Una pala? — Rió Harold Powell—. ¿Para qué queremos una pala?

—Muy sencillo. Harold. La vamos a necesitar para desenterrar el ataúd de Helen Scott.

CAPITULO VI

¿Por qué se había suicidado?

¿Por qué le telefoneó tan urgentemente para luego no esperar su llegada?

Arthur Browne no era un ser débil. Su vida distaba mucho de ser un camino de rosas. Se había formado a golpes. Cierto que la muerte de Helen le hundió física y moralmente, pero de ahí a) suicidio...

No.

Algo había impulsado a Arthur Browne.

¿El terror al... fantasma de Helen?

¿Qué había de cierto en toda aquella alucinante historia? ¿Se presentó alguien en el apartamento de Arthur Browne? ¿Dónde estaba la «Sterling»?

Ralph Skerritt no quería seguir con aquel cúmulo de interrogantes punzando en su cerebro. Una sola respuesta echaría por tierra la inverosímil narración de Arthur Browne.

De ahí que Skerritt se decidiera a dar tan arriesgado paso.

—No, Ralph... No me atrevo —murmuró Powell, aferrando con sus manazas la recién comprada pala —. No se debe jugar con los muertos.

—No vamos a jugar, Harold. Unicamente echar un vistazo en una de las tumbas. Cuestión de minutos.

—Es peligroso turbar el descanso de los muertos. Recuerdo una película que pasaron por televisión. Un profanador de tumbas... el muerto le atrapó por el cuello y...

—¡Maldita sea, Harold! Los muertos son totalmente inofensivos. ¡Cuídate de los vivos! De los que son capaces de apuñalarte en una callejuela para robarte unos centavos.

El rostro de Harold Powell reflejaba un temor no fingido. Resultaba incluso cómico en tan corpulento individuo. Sus facciones acusaban los golpes recibidos en su vida pugilística. Cejas maltrechas, nariz desfigurada, pómulos hinchados... Un individuo que había llegado a disputar por el título mundial de los pesados, temblaba ahora como un flan.

—No seré capaz, Ralph... Antes volvería a enfrentarme a «Nigger Glenn.

Skerritt sonrió.

—Seguro. Vencerías a «Nigger» Glen con una mano atada a la espalda.

—«Nigger me derrotó. ¿Lo has olvidado? Fue mi última pelea. ¡Me dio la gran paliza!

—Estabas drogado, Harold. Y tú lo sabes. Te drogaron los del Sindicato. Tú ibas camino de los treinta años. Necesitaban un campeón más joven. Y «fabricaron» a «Nigger» Glenn. Sigues siendo el número uno, Harold. El mejor. Joe Louis, Rocky Marciano, Floyd Patterson, Sonny Listón, Cassius Clay... Ninguno de ellos tuvo tu pegada ni tu técnica.

Los ojos de Powell brillaron con fuerza a la vez que una amplia sonrisa agrandaba más su boca.

—¿Hablas en serio, Ralph?

—Por supuesto. Y tu mayor virtud era el no temer a nada ni a nadie.

La sonrisa se borró en Powell.

—Esto es diferente, Ralph. No se puede noquear a un fiambre.

—Correcto. Ya están K.O.

—¡No, Ralph!

La súbita exclamación de Powell fue motivada por la visión de la nívea muralla del cementerio de Wise Road. La iluminación en aquella zona del arrabal de Dallas era prácticamente nula. De ahí que la blanca cal de la muralla destacara fantasmal.

Ralph Skerritt siguió la longitudinal cerca hasta doblar una de las esquinas. Allí frenó el «Corvette» apagando los faros.

Abrió uno de los apartados del salpicadero para extraer una plana botella de whisky que tendió s Powell. Este bebió largamente.

—¿Cómo te encuentras ahora, Harold?

—No me atrevo, Ralph...

—Mil dólares. Mil dólares por unos pocos minutos de trabajo. ¿Qué respondes?

Powell aún dudó.

Tragó saliva apretando contra su pecho la pala. Incapaz de articular palabra, asintió con repetido movimiento de cabeza.

Skerritt le palmeó la espalda.

—En marcha, Harold.

Abandonaron el auto.

Ralph Skerritt portaba en su diestra una linterna.

No les fue difícil escalar la muralla del cementerio.

—Un momento, Harold. Déjame orientarme...

—¡Ah! —gritó Powell, dando un brusco salto.

—¡Maldita sea! ¿Qué te ocurre?

Harold Powell extendió tembloroso su mano derecha señalando una tumba.

—Estaba... estaba pisando a un muerto...

Ralph Skerritt hizo una mueca.

Tal vez hubiera sido mejor realizar el trabajo en solitario. Powell, aunque4 de toda confianza, resultaba demasiado impresionable.

—Sígueme, Harold. Tras de mí.

Skerritt encendió la linterna.

Avanzaron pegados a la muralla.

El cementerio de Wise Road era amplio, moderno y acogedor. Dividido en diferentes secciones. Senderos en diagonal y perpendiculares hacían más fácil el acceso. En la zona norte se situaban los nichos y cadáveres incinerados.

Ralph Skerritt se detuvo próximo a la cerrada verja de la entrada principal:

El silencio era, nunca mejor dicho, sepulcral.

Unicamente turbado por el castañetear de los dientes de Powell.

—Ya estamos cerca, Harold. El cuarto o quinto tramo a la derecha...

—¿Por qué no volvernos mañana, Ralph? Tendremos mejor luz.

—Eso es. Bajo la mirada del guardián.

—Aún no te lo he preguntado... ¿por qué hacemos esto? —susurró Powell, con voz apenas audible—. Helen era la mujer de Arthur, ¿verdad? ¿Qué esperas encontrar? A

Arthur no le gustará que...

—Arthur está muerto.

Powell agrandó los ojos.

—¿Mu... muerto?...

—Silencio. Harold. Aquí es. Empieza a cavar.

Ralph Skerritt enfocó la linterna sobre una de las lápidas.

Sobre el bien cuidado rectángulo de hierba se veía un ramo de flores Sin duda depositadas por Arthur. Recordando el aniversario de su muerte.

Harold Powell lanzó temerosas miradas a izquierda y derecha

Palideció.

—Ralph...

—¿Qué ocurre ahora?

—Allá... hay dos ataúdes.

Skerritt siguió la mirada de su compañero.

En efecto.

Dos ataúdes reposaban a unas cinco yardas de la tumba de Helen. Uno a! lado del otro.

—¿Y qué? Los habrá dejado ahí el sepulturero. Estamos en un cementerio, Harold. Se renuevan las tumbas, los ataúdes, traslado de nichos... Empieza a cavar.

Harold Powell hundió la pala en la húmeda tierra.

Una y otra vez.

Deseoso de terminar cuanto antes.

En una de las pausas, cuando ya considerable cantidad de tierra se amontonaba en lino de los lados, Harold Powell volvió a fijar su mirada en los ataúdes cercanos

—Oye, Ralph... Esos dos ataúdes... Es como si estuvieran ahí para nosotros. Esperándonos.

—Sigue cavando, pesimista.

El macabro comentario de Harold Powell era cierto.

Aquellos dos ataúdes estaban destinados para ellos.

* * *

Harold Powell apartó con ambas manos la capa de tierra que cubría el ataúd de Helen.

—¿Puedes abrirlo, Harold?

—Tiene un cierre metálico. Tal vez con mi navaja...

—Déjame a mí.

Powell se hizo a un lado quedando sentado al borde de la abierta fosa. Tendió su navaja de resorte a Skerritt. Este procedió a manipular en el cierre del ataúd.

Harold Powell pareció escuchar un tenue ruido a su espalda.

Giró la cabeza pasando la mirada en los dos ataúdes. En uno de ellos se había deslizado levemente la tapa.

—Ra... Ra... Ralph...

—Ya termino — Skerritt logró saltar el cierre—. Se está moviendo la tapa.

—Eso te quería decir yo... se está moviendo la tapa de uno de aquellos ataúdes...

—Imaginaciones tuyas.

Ralph Skerritt abrió el ataúd.

Enfocó la linterna.

Estaba vacío.

Nada en su interior.

Ni rastro del cadáver de Helen Scott.

—¡Ralph!...

—Tranquilo, muchacho —Skerritt esbozó una dura sonrisa. Con los ojos fijos en el vacío ataúd—. Arthur, viejo amigo... Estabas en lo cierto.

Harold Powell, con el rostro desencajado de terror, continuaba con la mirada fija en los dos ataúdes. En ambos se estaba deslizando lentamente la tapa. De uno de ellos asomó una blanquecina mano de largos y huesudos dedos.

Powell se incorporó con rapidez cayendo aparatosamente a la fosa. Sobre Skerritt. Braceó arañando la tierra.

Ralph Skerritt, aplastado por su compañero, había caído en el ataúd de Helen.

—¡Maldita sea!... ¿Te has vuelto loco?... ¿Harold!

—¡Los muertos!... ¡Los muertos! —gritó Powell pugnando por abandonar !a fosa—. ¡Los muertos están saliendo del ataúd!

—Eres un...

Skerritt enmudeció.

También el vio aquello

De uno de los ataúdes había salido una fantasmal figura. Cubierta con una túnica blanca que le ocultaba de pies a cabeza. Del segundo ataúd surgía igualmente otra embozada figura.

Y ambos portaban una Super-Star con tubo silenciador acoplado al cañón.

—¡Que no escape! —exclamó uno de los aparecidos señalando a Powell— ¡Yo me encargaré de éste!

Harold Powell corría a gran velocidad saltando y tropezando por entre las tumbas. Fue en uno de esos trompicones los que esquivaron la bala dirigida a su cabeza. Prosiguió la carrera gateando desesperadamente.

Ralph Skerritt vio el cañón del arma. Se hizo a un lado a la vez que sonaba un sordo disparo. Como el descorchar de una botella de champán.

No le dio tiempo a rectificar.

Skerritt lanzó la navaja.

Sobre la nívea túnica, a la altura del corazón, surgió una mancha rojiza.

La fantasmal figura se desplomó con un estertor de agonía que alertó a su compañero. Este dejó de disparar sobre la borrosa sombra de Powell para encañonar a Ralph Skerritt; pero no logró apretar el gatillo.

Skerritt se le adelantó arrojando violentamente la pala.

No esperó a comprobar las consecuencias de su acción. Consciente de su inferioridad salió de la fosa corriendo en zigzag. Amparado en las sombras de la noche. Ya próximo a la muralla percibió el silbar de las balas.

Disparos imprecisos y precipitados.

Ralph Skerritt saltó ágil la tapia flexionando las rodillas al caer fuera del recinto.

Se acomodó frente al volante del «Corvette».

En rápida maniobra dio marcha atrás para acto seguido enfilar Wise Road.

Presionó a fondo el pedal del gas.

Al pasar frente a la puerta principal del cementerio sintió como una bala hacía impacto en la carrocería del auto.

Recorridas unas trescientas yardas divisó a Harold Powell.

Corriendo como un marathoniano.

En su veloz zancada parecía no tocar suelo.

Ralph Skerritt frenó cerrándole el paso.

—Sube, Harold; aunque dudo que el «Corvette» supere tu velocidad.

Powell, jadeante y sudoroso, se apoyó sobre la portezuela del auto. Lanzó una temerosa mirada hacia atrás.

—¿Dónde... dónde están?

—¿Los muertos? Tranquilo, Harold. Se han quedado allí —sonrió Skerritt —. El cementerio es el lugar más apropiado para ellos, ¿no es cierto?

Powell no respondió.

Se dejó caer en el asiento.

Se encontraba peor que tras su combate con «Nigger» Glenn.

CAPITULO VII

Ralph Skerritt, reclinada sobre el confortable sofá del salón, apartó los periódicos al oír el llamador.

Acudió al living abriendo la puerta de entrada al apartamento.

—Hola, Shirley, no te esperaba tan pronto.

Shirley tenía ahora mejor aspecto. Un correcto maquillaje acentuaba el sensual atractivo de su rostro. Lucía un vestido de seda estampada en tonos pálidos y sobrios. Abrochado lateralmente de arriba abajo. Escote en pico y mangas amplias en el puño.

—¿Dónde está Harold?

—Tu hermano sigue durmiendo. Shirley. Ayer estaba muy nervioso y decidí que pernoctara en mi apartamento. ¿Has ido a...?

—Oye, Ralph —interrumpió la mujer —. Eres un buen chico, pero siempre estás metido en líos. Esta mañana, cuando me telefoneaste para advertirme que Harold se encontraba aquí, temí lo peor. Luego me sorprendes con tu... extraña petición.

—¿Has ido sí o no?

Shirley sonrió avanzando hacia el salón.

—Por' supuesto, Ralph. No me gusta visitar los cementerios, pero por doscientos dólares he hecho una excepción. Fueron doscientos los prometidos, ¿no?

—Correcto.

Shirley se dejó caer en el sofá cruzando provocativamente las piernas. La falda subió mostrando con generosidad los esbeltos muslos femeninos.

—Prepárame un vermut. Ya conoces mis gustos. Sin hielo, pero con un poco de ginebra.

Skerritt cumplimentó el pedido en el mueble-bar.

Acudió junto a la mujer ofreciéndole el vaso con el combinado.

—¿Y tú, Ralph? ¿No me acompañas?

—Habla, Shirley. Estoy esperando.

Shirley se encogió de hombros.

—Okay. Siguiendo tus instrucciones fui al cementerio de Wise Road y visité la tumba de Helen. Deposité unas rosas rojas, pero no te preocupes. Entran en los doscientos dólares. Han sido los más fáciles de ganar de mi vida.

—¿Estaba todo en orden, Shirley?

La mujer arqueó las cejas.

Terminó por reír en cantarina carcajada.

—¡Oh, sí!... No había manifestación de muertos en demanda de mejoras en las tumbas. Todo muy tranquilo.

—Tienes un delicioso sentido del humor, nena — sonrió Skerritt.

—Me sorprendes, querido. Jamás hubiera imaginado al frío e impasible

Ralph Skerritt dando crédito a historias de fantasmas. Harold me comentó ayer la visita de Arthur Browne a The Lobster. Gritando como un loco que había matado a la ya difunta Helen. Y tú, en estúpida prueba de amistad, me haces ir al cementerio para que compruebe que todo sigue en orden. Pues bien, Ralph, todo perfecto. Helen Scott continúa bajo tierra. ¡En la tumba! Ya se lo puedes decir a Arthur.

Skerritt encendió un cigarrillo.

Exhaló una bocanada de azulado humo.

—No, Shirley. Ya no puedo decir nada a Arthur. Ayer noche se suicidó.

La mujer interrumpió el iniciado ademán de llevarse el vaso a los labios. Parpadeó reflejándose en su rostro una mueca de estupor.

—Yo... ignoraba que... ¡Oh, Dios!... Lo lamento, Ralph. Sé cuánto apreciabas a Arthur. También yo. Los tres pasamos buenos ratos juntos, ¿recuerdas? En las peores épocas. Cuando más mal iban las cosas. Los tres reíamos, bebíamos... amábamos.

—Sí, Shirley. No lo he olvidado.

—Suicidio... No puedo creerlo. ¿Cómo ocurría, Ralph?

—Los suicidios no son novedad en Barrio Cook. Hoy, de buena mañana, he firmado mi declaración a la precia. Esta tarde saldrá Arthur de la morgue camino del cementerio. He tramitado para que sea enterrado en el de Wise Road.

—Cerca de Helen...

Skerritt esbozó una enigmática sonrisa.

No.

Arthur Browne no estaría cerca de su amada.

Aunque alguien había vuelto a cubrir la fosa y reparado los desperfectos, el ataúd de Helen continuaría vacío.

Ralph Skerritt estaba seguro de haber dado muerte a uno de los... fantasmas que le atacaron en el cementerio. La navaja quedó allí. Sobre el corazón de uno de los individuos. Sin embargo los periódicos, en ninguna de las ediciones matutinas, anunciaban nada de lo ocurrido. Ni profanación de tumba ni cuerpo apuñalado.

Y ahora Shirley le confirmaba sus sospechas.

Alguien había vuelto a dejar todo en orden. Borrando todo rastro de lo sucedido en el cementerio.

¿Quién?

—Ralph...

—¿Si?

—Te he hecho una pregunta.

—Disculpa. Estaba pensando.

—No tiene importancia — Shirley forzó una sonrisa. Tratando de animar a Skerritt—. Ove. Ralph... ¿recuerdas aquel cómic de encargo que realizaste para la Lovelock Agency? El dinero recibido te quemaba en el bolsillo. Te sentías prostituido. Lo gastamos en menos de una hora, pero tú seguías

abatido y de pésimo humor. Sólo yo logré disipar tu desánimo.

—Shirley...

—No hables, Ralph. No pienses en nada — Shirley tiró de los botones laterales del vestido —. Déjame ayudarte...

Los movimientos de Shirley fueron muy rápidos. Al incorporarse cayó el vestido a sus pies. Su imponente cuerpo apareció protegido por dos únicas prendas. Los opulentos senos difícilmente contenidos por el fino sujetador. El minúsculo slip calado dejaba también muy poco para la imaginación.

Se arrojó a los brazos de Skerritt.

Besándole en la boca.

Quedaron tumbados sobre el sofá.

Entrelazados.

Ralph Skerritt respondió a las caricias mordisqueando los labios femeninos. Sus manos manipularon ávidas en el cierre del sujetador. Los exuberantes senos de Shirley quedaron libres de la tela, pero pronto prisioneros de caricias y besos.

Shirley se deslizó para poder desabotonar la camisa de Skerritt. Introdujo sus manos para abarcar el desnudo torso.

Volvieron a unir sus labios.

Sus caricias se tornaron más audaces y apremiantes.

Una vorágine de sensualidad les envolvió.

Ralph Skerritt quedó inmerso en aquel torbellino de desenfrenada pasión.

* * *

Ralph Skerritt introdujo el Smith & Wesson bajo el cinturón. A su costado izquierdo. Se ajustó la chaqueta sport a juego con el pantalón.

Al abandonar la habitación se encontró con Shirley que salía de la estancia contigua.

—Me ha costado despertarle.

—No me sorprende —sonrió Skerritt—. Administré a tu hermano una dosis de somnífero capaz de dormir a un caballo. Prepárale abundante café y quedará como nuevo.

—¿Qué ocurrió ayer, Ralph? Harold no quiere decirme nada, pero parece asustado.

—Nada de particular, Shirley. Y no atosigues a tu hermano con preguntas. Me ha prometido no hablar de lo sucedido.

La mujer asintió.

—Okay. No haré preguntas.

—Buena chica. —Skerritt la besó fugazmente en la comisura de los labios —. No olvidéis cerrar la puerta del apartamento.

—¿Por qué no esperas y salimos los tres juntos? Skerritt echó una rápida mirada al reloj de pulsera.

—Ya es muy tarde. No tenía proyectado... hablar tanto tiempo contigo.

Debo realizar una visita, pero no te preocupes. Considérate como en casa. Hasta pronto, Shirley.

Ralph Skerritt abandonó el apartamento.

Utilizando uno de los elevadores descendió hasta el parking subterráneo del edificio.

Minutos más tarde conducía el «Corvette» por la Ross Avenue.

Ya tenía un plan de acción.

Cuantío acudió a firmar su declaración en la Metropolitan Pólice temía eh interrogatorio del sargento Hutton en relación con lo sucedido en el cementerio de Wise Road; pero el policía parecía ignorarlo.

Nada había sucedido.

De todo aquel maldito rompecabezas una sola cosa resultaba cierta: Helen Scott no yacía en su tumba.

Y en cuanto a Arthur Browne...

Ralph Skerritt endureció instintivamente las facciones. Sus manos aferraron con fuerza el volante.

Empezaba a dudar del suicidio de su amigo.

La hipótesis de un asesinato había germinado en Skerritt. No descansaría hasta descubrir la verdad de lo ocurrido. Y su única pista era Helen.

Su cadáver.

¿Cómo seguir las huellas de un muerto?

El punto de partida era el Bancroft Center. El lugar donde Helen Scott traspasó la invisible frontera que conduce al Más Allá.

CAPITULO VIII

El Bancroft Center era una clínica privada emplazada en la verde zona de Pecks Boulevard. En el arrabal de Dallas. Un centro sanitario dotado de los máximos adelantos de la técnica médica. Con diferentes salas del campo de la Medicina atendidas por personal cualificado. Una clínica privada que pocos ciudadanos podían costearse.

Cuando ocurrió el accidente, Arthur y Helen procedían de Grapevine por la autopista Northwest. Dada la proximidad con el Bancroft Center no dudó en llevar allí a Helen. Nada lograron hacer por ella y, en un gesto de altruismo, tampoco pasaron factura a Arthur Browne.

El espacioso hall del Bancroft Center disponía de varios mostradores de recepción.

Ralph Skerritt se aproximó al primero de ellos. Atendido por una cuarentona celadora.

—Buenos días, señor. ¿En qué puedo servirle?

Skerritt mostró la placa.

La enfermera agrandó los ojos. Era muy aficionada a las novelas policiacas. De ahí que parpadeara al leer el distintivo de los G-Men. Department of Justice. Federal Bureau of investigation.

—¿Es usted agente del F.B.I.?

Ralph Skerritt guardó la placa.

Un tal Brian Durnung, actualmente residente forzoso en la prisión de Attica, se la había vendido por cien dólares. La falsificación era bastante aceptable.

—¿Cuál es su nombre?

—Mónica Parker, señor.

—Okay, Mónica. Estoy investigando los casos de urgencia atendidos a primeros de mayo del pasado año ¿Quién puede proporcionarme esos datos?

La mujer dudó.

—Pues... supongo que Judith Wilder. Controla el Archivo General. Allí se registran todas las altas y bajas

—¿Dónde puedo encontrar a Judith Wilder?

—Planta nueve. Apartamento cuatro de la Sección... Mejor será que anuncie su visita.

—Gracias.

Ralph Skerritt esperó la llegada de uno de los eleva dores. Se introdujo en la cabina pulsando el botón correspondiente a la planta nueve. Al llegar a su destino y abrirse la puerta automática se encontró frente a una joven que le sonreía cordial.

—¿Es usted el agente del F.B.I.?

Skerritt demoró unos segundos la respuesta.

El tiempo de dirigir una mirada de admiración a la muchacha.

De unos veinticinco años de edad. Rostro agraciado. Bajo la blanca bala se adivinaba un cuerpo bien proporcionado. Las piernas aparecían enfundadas en medias negras de blonda.

—Ajá. ¿Tú eres Judith Wilder?

—Conecto. ¿Me permite su credencial?

Skerritt se la mostró.

—Agente Especial Ralph Skerritt...

—Llámame Ralph.

Judith le dirigió una divertida mirada.

—La recepcionista no ha sido muy explícita. Sólo me avisó de que un agente del F.B.I, quería unos datos del Archivo General. ¿Qué desea saber... Ralph?

—Los casos de urgencia atendidos en los primeros días del mes de mayo del pasado año.

—En el archivo general sólo figura nombre del paciente, doctor que le atendió y la fecha de entrada y salida. Los demás datos, rigurosamente confidenciales, no pertenecen a mi archivo. La ficha del paciente es clasificada según determinados factores y entran dentro del secreto médico. Deduzco que si es portador del correspondiente mandamiento de...

—Puede que sea suficiente con tu archivo, Judith.

—Sígame.

Tras recorrer un laberinto de pasillos llegaron a una amplia sala donde se alineaban varios archivos metálicos de cilindro y dos ordenadores.

Judith se situó frente a una de las computadoras.

—Mayo del pasado año... ¿Empezamos por el día primero?

Skerritt asintió.

Estaba dando palos de ciego y no quería despenar sospechas declarando el día fijo.

En la pantalla del ordenador fueron apareciendo letras y números a pasmosa velocidad. Las líneas se sucedían unas a otras con rapidez. Pronto llegaron al día siete.

El nombre de Helen Scott fue de los primeros en aparecer.

—Ya puedes retener la imagen, Judith. Ahí está lo que buscaba.

«Helen Scott Entrada a las dos de la madrugada. Doctor Bancroft. Defunción.»

Sólo eso.

—Supongo que se habrán computado más datos relacionados con Helen Scott.

—Cierto, pero únicamente puedo proporcionarle éstos. No estoy autorizada para...

La doble hoja de entrada a la sala se abrió para dar paso a un individuo de unos cincuenta años de edad. Rostro anguloso. Vestía también una blanca bata. En sus manos portaba un cuadro de gráficos.

El recién llegado dirigió una inquisitiva mirada a Skerritt para luego posar

sus ojos en Judith.

—¿Ocurre algo, señorita Wilder?

—El señor Skerritt pertenece al Federal Burean of Investigation —informó Judith—. Está investigando un caso de urgencia atendido el pasado año. Tal vez usted pueda ayudarle, doctor Bancroft.

Skerritt tendió su diestra.

Había reconocido al doctor Dyan Bancroft. Le recordaba dando el pésame a Arthur Browne. Afortunadamente, el doctor no parecía tener tan buena memoria.

—Siempre es grato colaborar con la justicia, Skerritt. ¿Cuál es el problema?

Ralph Skerritt señaló en la pantalla el nombre de Helen.

El doctor empequeñeció los ojos.

—Helen Scott... Ah, fui yo quien atendió la urgencia... Con poca fortuna, por lo que puedo leer…

—La muchacha había sufrido un accidente de tráfico— comentó Skerritt —. Ninguna herida, pero sí un fuerte shock. Sufrió un fallo cardíaco del que no logró recuperarse.

El doctor hizo una seña a Judith para que se retirara.

Movió levemente la cabeza.

—Sí... Lo recuerdo. No se sorprenda. Skerritt. Se pueden contar por cientos las intervenciones que he realizado al cabo de un año. No me pregunte por el paciente que salió por su propio pie la pasada semana. Ni tan siquiera recordaría su nombre, pero sí me quedan grabados los que mueren sobre la mesa de operaciones. Esa joven creo recordar que era recién casada... Fue un caso muy triste. El marido no sufrió daño alguno en el accidente, pero estaba destrozado moralmente.

—¿Puedo hacerle algunas preguntas, doctor?

—Por supuesto. En este caso no hay secreto profesional que guardar.

—¿Hizo la autopsia al cadáver?

—Pues... no recuerdo. Posiblemente no. Un momento— Dyan Bancroft manipuló en la computadora. Nuevos datos aparecieron en la pantalla. Un electrocardiograma y fonocardiograma junto con un amplio informe del trabamiento de recuperación efectuado en el paciente.

El doctor denegó con un movimiento de cabeza.

—No se efectuó la autopsia. Al poder determinarse con precisión la causa de la muerte no dudé en firmar la defunción.

—Helen Scott salió de aquí en un ataúd.

Las arrugas se acentuaron en el rostro de Bancroft.

—¿Cómo dice... ?

—Me refiero si Helen Scott salió de aquí para ir directamente al cementerio de Wise Road.

—Sí, aunque ignoro si fue el de Wise Road u otro,

—¿Qué empresa de pompas fúnebres tiene la contrata con el Bancroft

Center?

—Pues... el Black Tulip.

—Gracias, doctor. No le molesto más. Ha sido muy amable.

Estrecharon sus manos.

—Cuente siempre con mi colaboración.

Ralph Skerritt abandonó la sala.

El rostro de Dyan Bancroft se transfiguró. Sus ojos adquirieron un fuerte destello a la vez que sus labios dibujaban una dura mueca.

Un hombre entró en la sala.

—Ya no tengo d4das. Es él. Ralph Skerritt. Lo reconocí al entrar en el vestíbulo y...

—¿Ya lo sé, estúpido! —Interrumpió secamente Bancroft—. Corre tras él. De seguro va hacia el Black Tulip. Tú y Samuel fracasasteis en el cementerio. No quiero un segundo error, Goldsmith. Lo lamentaría por ti.

* * *

John Rhoder regentaba un próspero negocio.

Vendía un artículo que tarde o temprano todos tenemos que consumir.

Sí.

Pompas fúnebres Black Tulip era un buen negocio.

—¿Y dices que también quiere eliminar a ese tal Harold Powell?

Robin Goldsmith vació el vaso de whisky pasando el dorso de la mano por la boca.

—Sí, John; pero no nos utilizará a nosotros. El ejecutor será uno de... ellos.

—Eso quiere decir que la sangre de Powell es...

—¡Maldita sea!—cortó Goldsmith—. ¡Cállale!

—¿Qué te ocurre? Estás nervioso, ¿verdad? Tranquilo, Robin. Ralph Skerritt no escapara. Tengo en la trastienda un ataúd que me salió algo defectuoso, pero servirá para Skerritt.

—Es un tipo peligroso.

—Tú y Samuel os confiasteis — acusó John Rhoder —. Fue ridículo el cubriros con una sábana y esperar dentro de los dos ataúdes. Mejor hubiera sido disparar apenas verles llegar.

—Quería que cavaran la fosa de Helen. Les serviría de propia tumba. Lo de meternos en el ataúd disfrazados de fantasmas fue idea de Samuel. Creyó que quedarían paralizados de miedo y...

—Samuel siempre fue muy aficionado a las bromas macabras. Apuesto que ahora estará haciendo un nudo en el rabo de Satán. El bueno de Samuel...

Se abrió la puerta del despacho asomando la cabeza de un individuo.

—¡Eh. Johnny! Ya le tenemos aquí. Pregunta por ti.

—Hazlo pasar. Permanece cerca, William. Y coloca el cierre de la entrada. No quiero que nadie nos moleste.

El llamado William desapareció riendo por lo bajo.

—Esta vez no fallaré —Robin Goldsmith extrajo la Super-Star—. Le llenaré la cabeza de plomo.

—No te precipites, Robin. Espera fuera con William. Yo os avisaré. Quiero sonsacar a ese Skerritt. Descubrir hasta donde ha llegado en sus deducciones.

—Muerto poco nos inquietan sus sospechas

—Puede que las haya comentado con alguien más. Obedece, Robin.

Goldsmith abandonó la estancia.

La puerta volvió a abrirse a los pocos minutos.

Ahora para dar paso a Ralph Skerritt.

John Rhoder se incorporó del sillón giratorio, aunque continuó tras la mesa escritorio.

—¿Rhoder, propietario del Black Tulip?

—Correcto.

Ralph Skerritt tendió la credencial del F.B.I, mientras que dirigía una superficial mirada por el despacho. Predominaban los tonos oscuros. Mobiliario severo. Todo muy acorde con el negocio.

—Tome asiento, Skerritt. ¿Qué puedo hacer por el F.B.I?

Ralph Skerritt se acomodó en una de las dos butacas situadas frente a la mesa escritorio.

—Tengo entendido que el Bancroft Center le suministra clientes en exclusiva.

John Rhoder frisaba los cuarenta años de edad. Vestía elegante y a la vez discreto traje negro complementado con chaleco y corbata de igual color. Aquella enlutada vestimenta era muy bien recibida por los familiares del difunto de turno.

Al rostro de Rhoder asomó una leve sonrisa.

—Su forma de expresarse me hace parecer un vulgar comerciante. Ciertamente nos ocupamos de los fallecidos del Bancroft Center. No de todos, por supuesto. Muchos tienen su propio seguro o los familiares prefieren otra empresa de pompas fúnebres. El Bancroft Center no impone nuestro servicio. Este es un trabajo triste, Skerritt. Los familiares del difunto, dominados por el dolor, quieren evitar los trámites y papeleos de un entierro.

—Simplifique todos esos trámites, Rhoder. Supongamos que recibe una llamada del Bancroft Center para realizar un servicio.

—En el Bancroft Center tenemos una especie de... representante. Es un enfermero que habla con los familiares del difunto y les señala las tarifas. Una vez decidida nos llama para formular el pedido. Entierro de lujo, de primera clase... También hay diferencias en el ataúd. Madera fina forrada de terciopelo o una vulgar caja de pino. ¿Quiere echar un vistazo al catálogo? Tal vez le interese alguno de los modelos.

Skerritt enfrentó su mirada a la del individuo.

Adivinó cierto sarcasmo.

—No se moleste, Rhoder. Siga con sus explicaciones.

—Poco más tengo que añadir. Concretada la categoría del entierro y la hora, acudimos al Bancroft Center con los papeles en regla. Del depósito lo trasladamos al auto y posteriormente al cementerio. Nosotros nos encargamos de todo.

—¿Nunca han perdido un cadáver?

John Rhoder volvió a sonreír levemente.

—No comprendo...

—El pasado año se hizo cargo del entierro de Helen Scott. Puede consultar sus archivos. Fue el siete de mayo.

John Rhoder se incorporó acudiendo a un armario metálico que ocupaba parcialmente una de las paredes del despacho.

Abrió el primer cajón rebuscando entre las fichas cuidadosamente ordenadas.

—Aquí está... Helen Scott... Entierro de tercera en el cementerio de Wise Road.

—Realizaron un mal servicio, Rhoder. Perdieron el cadáver.

—Su broma es de pésimo gusto. Ignoro que...

—No hay cadáver en la tumba de Helen Scott —interrumpió Skerritt—. El ataúd está vacío.

John Rhoder retornó junto a la mesa.

En imperceptible movimiento pulsó un botón situado bajo una de las esquinas de la tabla.

—¿Cómo lo sabe, Skerritt?

—Me molesté en sacar el ataúd; aunque alguien se molestó también en volverlo a enterrar. Voy a solicitar autorización para proceder a la exhumación del cadáver de Helen Scott. Al encontramos con el ataúd vacío surgirán muchas preguntas. Estoy aquí para que me adelante las respuestas, Rhoder. ¿Qué ocurrió con el cadáver de Helen Scott?

La puerta del despacho se abrió bruscamente.

Robin Goldsmith entró en primer lugar. Seguido de William. Ambos con una pistola dotada de tubo silenciador.

—Voy a complacerte, Skerritt —dijo Rhoder—. Un balazo en la cabeza te conducirá al infierno. Allí te encontrarás con tu amigo Arthur Browne. El responderá a todas tus preguntas.

Ralph Skerritt se incorporó lentamente.

Forzó una sonrisa.

—Un momento... Esto es una broma, ¿no? Yo no soy agente del F.B.I. Unicamente quería...

—Por supuesto que no eres un federal —rió Goldsmith—; pero sí un tipo listo y peligroso. El suicidio de Browne no te dejó satisfecho, ¿verdad? Al decidirte por husmear en el cementerio de Wise Road firmaste tu sentencia de muerte.

—Arthur fue asesinado.

—Ahá.

—¿Y Helen Scott? ¿Dónde está su cadáver?

—No más preguntas, Skerritt. Es el momento de las despedidas. El Black Tulip correrá con todos los gastos. Sin despilfarros, claro, un ataúd de madera de pino será suficiente.

—Puedo costearme el de lujo. Llevo encima más de cinco mil dólares.

—¡Infiernos! —Exclamó William, adelantándose unos pasos—. Voy a librarte de ese peso que...

El individuo se interpuso en la línea de tiro de Goldsmith.

Y aquello fue aprovechado por Skerritt. No esperó la llegada de William, sino que se lanzó sobre él sorprendiéndole. Con la zurda desvió el arma mientras que su mano derecha, con los dedos extendidos, golpeaba salvajemente los ojos de William.

—¡Aparta, William!

La orden de Robin Goldsmith no fue atendida.

William aullaba como un loco cubriéndose el rostro con ambas manos. Había soltado el arma.

Ralph Skerritt no la recogió.

Confiaba más en su «Smith & Wesson».

Disparó adelantándose a Goldsmith. Este recibió la bala en el pecho. Tras desplazarse violentamente contra el armario metálico cayó de bruces sin vida.

Skerritt giró con rapidez.

John Rhoder ya le encañonaba con una «Luger» que había extraído del cajón de la mesa.

Dispararon al unísono.

Ambas balas encontraron carne a quemar.

La del «Smith & Wesson» fue a acopiarse en la frente de Rhoder. Entre ceja y ceja. La que salió de la «Luger» fue esquivada milagrosamente por Skerritt, pero no se perdió.

La recibió William dejando de inmediato de aullar.

Ralph Skerritt quedó unos instantes inmóvil.

Contemplando aquel escenario súbitamente impregnado de acre olor a pólvora, sangre y muerte.

* * *

Ralph Skerritt estaba solo frente a la tumba.

Tampoco ahora logró recordar una oración para Arthur Browne. Su mente estaba ofuscada por los deseos de venganza. No fue una plegaria lo que dedicó a Browne, sino la promesa de castigar a los culpables.

Skerritt giró sobre sus talones abandonado el camposanto.

Al llegar al «Corvette» se encontró con el sargento Hutton.

—Quiero hablar contigo, muchacho.

—¿Por qué no me dejas en paz? No tengo nada que decirte. Ya has terminado el caso, ¿no es cierto?

—Oh, sí... yo ya he terminado. Ahora empiezan los del Departamento de Homicidios.

Ralph Skerritt, con la portezuela del auto entreabierta, fijó su mirada en el policía.

—¿Homicidios?

—La autopsia ha descubierto cosas muy interesantes, Ralph. Arthur Browne no pudo colgarse del techo dado que su muerte fue debida a un fallo cardíaco originado por cierta droga que estamos tratando de determinar. Quien se la suministró quiso luego simular un suicidio. A tenor de estos datos se pasó el caso a Homicidios. Me temo que volverás a ser interrogado, Ralph. Procura mostrarte dócil. En Homicidios están muy soliviantados por los últimos sucesos. Se les amontona el trabajo. Echa un vistazo a las últimas ediciones de los vespertinos. Tres muertos en una empresa de pompas fúnebres.

—Muy propio.

—Okay, muchacho. Sigue con tu sentido del humor. Lo vas a necesitar. Si quieres un consejo...

—No, sargento. No lo quiero. Desde que tengo uso de razón no he recibido más que consejos. Sólo eso. Consejos. ¡Al diablo con ellos! Sé cómo debo actuar.

Ralph Skerritt se introdujo en el auto cerrando violentamente la puerta.

Se alejó de Wise Road.

Las calles de Dallas empezaban a iluminarse. El tráfico era intenso. La jornada laboral concluía emplazando a hombres y mujeres sobre sus vehículos de regreso al hogar.

Skerritt aprovechó unos de los continuos stops para encender un cigarrillo.

El Departamento de Homicidios investigando la muerte de Arthur Browne.

Aquello hacía dudar a Skerritt. Jamás había colaborado con la policía. Tampoco pensaba hacerlo ahora. Informarles de que la tumba de Helen Scott estaba vacía significaba autoacusarse de profanación. Decir que el Black Tulip estaba implicado en la muerte de Arthur Browne era confesarse parte en el tiroteo. Lo de legítima defensa no le privaría de complicaciones.

No.

Actuaría solo.

Ahora tenía más de una pista.

Poco importaba que su camino se fuera sembrando de muertos.

CAPITULO IX

Shirley ya había concluido su actuación en el Garden Variety. Un espectáculo teatral con mucho erotismo y nulo arte. Tras una ligera cena procedía a arreglarse para su jornada nocturna en The Lobster.

Este trabajo se lo debía a Skerritt. El había logrado introducirla en el más importante centro de diversión de Barrio Cook. Primeramente actuaba como chorus-girl en el número inicial del night-club. Luego pasaba a la sala de las slot-machines proporcionando cambio de moneda para las máquinas tragaperras y hacer más agradable la sempiterna mala fortuna de los jugadores.

Shirley, acomodada frente al boudoir, aproximó su rostro al espejo circular. Una serie de graciosas muecas ayudaron a pintar mejor los gordezuelos labios. Su rostro ya estaba maquillado.

Se incorporó acudiendo al armario.

Shirley lucía tan solo un reducido slip y unas finas medias de nylon que se tensaban sobre sus esbeltos muslos sujetas por un liguero negro. Se introdujo un vestido por la cabeza. Un modelo de noche de audaz escote.

Se sentó al borde del lecho para ajustarse los zapatos.

Quedó inmóvil.

Le parecía haber oído un ruido.

—¿Harold...?

Movió la cabeza de un lado a otro. Había sido imaginación suya. No podía ser Harold. Su hermano quedaba en The Lobster. No regresaría hasta avanzadas horas de la noche.

El pomo de la puerta comenzó a girar.

Lentamente.

Sin el menor sonido.

Fue al entreabrirse la hoja de madera cuando se originó el tenue chirriar.

Shirley ladeó bruscamente la cabeza.

Sobresaltada.

El instintivo grito que iba a brotar de su garganta quedó cortado por el terror.

Un hombre estaba bajo el umbral.

Aunque...

No.

Aquello no podía ser humano.

—No... grites...

La voz del individuo, extremadamente ronca y gutural, acentuó el terror en Shirley.

Avanzó con torpe paso. La piel de su rostro era como el pergamino. Cuarteada. Pegada a los huesos. De aquel esquelético rostro únicamente destacaban los ojos. Muy brillantes. Como diminutas bolas de fuego. Carecía

de párpados y sus cejas eran una simple sombra. Los cabellos blanquecinos y escasos. Vestía un gris uniforme. Iba descalzo.

Su mano derecha, de huesudos dedos, empuñaba una pistola con tubo silenciador acoplado al cañón.

—¿Quién es usted? — Logró balbucear Shirley—. ¿Qué quiere?

—No... no grites...

Caminaba como un autómata. Rígido. Su voz, monocorde y carente de inflexión, le semejaba igualmente con un ser infrahumano.

—Desnúdate...

Shirley parpadeó.

Creía estar frente a un deforme ser escapado del mismísimo averno. Una fantasmal aparición de ultratumba...

Dentro del horror, tal vez aquello fuera lo mejor. Sabía cómo comportarse ante un psicópata sexual.

Obedeció.

Forzando una sonrisa.

—Mi nombre es Shirley... No es necesaria la violencia, ¿de acuerdo? Podemos ser amigos. ¿Cuál es tu nombre?

—No... no tengo nombre... los muertos no tenemos nombre...

Aquella respuesta hizo temblar a Shirley. La palidez se acentuó en su rostro. Pugnó por sobreponerse. Consciente de que aquel sádico individuo trataba de aterrorizarla al máximo.

Y lo estaba consiguiendo.

El vestido había caído a los pies de Shirley, Se descalzó procediendo a manipular en el liguero.

—Voy a quitarme las medias y el...

—Ya... es... suficiente.

El terror de Shirley se vio acompañado de un escalofrío que la cubrió de pies a cabeza.

Aquel deforme individuo parecía recitar sus palabras. Aquellas pausas... era como si alguien, un ser invisible, le dictara lo que tenía que decir.

Avanzó hacia Shirley.

Sin soltar el arma.

Shirley estaba junto a la mesa de noche. Ya no podía retroceder más. El miedo la hacía respirar descompasada. Sus desnudos senos subían y bajaban agitados.

—Podemos ser amigos... No es... necesario hacer daño...

El hombre no respondió.

Sus ojos continuaban brillantes, pero no en destello lascivo. Parecía incluso ignorar la desnudez de Shirley. Su escultural cuerpo únicamente protegido por el sucinto slip y las medias de nylon.

No.

No había lujuria en los ojos del individuo.

Su brillo era demoníaco.

—Sobre... la cama...

Shirley obedeció sumisa. Sin oponer resistencia. Con la esperanza de que, obedeciendo en todo, lograría salvar la vida.

El hombre dejó su arma sobre la mesa de noche. Introdujo la diestra bajo la bocamanga izquierda para extraer un cuchillo de curva y afilada hoja. Como un bisturí.

Shirley tembló convulsiva.

Presa del terror.

—No me haga daño... le obedeceré en todo...

El individuó se inclinó sobre Shirley.

Aproximando su acartonado rostro.

Shirley percibió el pestilente aliento. Un vaho fétido. Como si procediera de la más nauseabunda de las cloacas.

—¿Dónde está... tu hermano?

El estupor reemplazó por unos instantes al miedo.

Shirley parpadeó.

Sorprendida por aquella pregunta.

—¿Harold?... Mi hermano trabaja en The Lobster... No regresará hasta...

Shirley enmudeció.

El individuo había sonreído.

Dejando asomar sus amarillentos dientes. En especial aquellos dos salientes colmillos que destacaban afilados.

Y Shirley gritó.

Incapaz de controlar por más tiempo aquel horror. Sin importarle la amenaza del bisturí, de la pistola... El terror almacenado y difícilmente contenido había llegado al máximo.

El movimiento del individuo fue rápido.

El incipiente grito de Shirley fue ahogado por el salvaje tajo. La metálica y afilada hoja seccionó la yugular. EL hundido bisturí hizo brotar un chorro de sangre.

La visión del bermejo líquido hizo brillar aún más los ojos del asesino.

Se inclinó sobre la herida.

Con la boca entreabierta.

Sus afilados colmillos se hundieron en aquel rojo boquete. Succionó una y otra vez. Deleitándose con la caliente sangre que manaba a borbotones.

Ajeno a la mirada de Shirley.

Los desorbitados ojos de la mujer estaban velados por la invisible capa de la muerte.

CAPITULO X

Ralph Skerritt pulsó el musical llamador.

A los pocos segundos escuchó el ruido de cerrojos y el girar de la llave en el pasador.

La puerta se entreabrió. Mantenía acoplada la cadena de seguridad y una fina barra deslizante.

Skerritt sonrió.

—Hola, Janis. ¿Temes al hombre-lobo?

Janis Janssen, que dejaba asomar tan solo su bello rostro, parpadeó.

—Ralph... ¿Qué haces aquí? ¿Cómo has dado con mi apartamento?

—No pienso responder aquí en el corredor.

Janis, tras esbozar una sonrisa, cerró la puerta para poder quitar los dos sistemas de seguridad. Acto seguido franqueó la entrada.

Skerritt se adentró en el apartamento.

Una doble hoja vidriera separaba el salón del coquetón living.

—Adelante, Ralph, adelante — dijo Janis, con ironía—. Estás en tu casa.

Skerritt ya se encontraba en el iluminado salón.

El mobiliario era alegre y juvenil. En un original mueble se situaba el televisor, tocadiscos y bar. El televisor permanecía conectado, aunque con el sonido al mínimo.

—Bonito apartamento, Janis. ¿Vives sola?

La muchacha vestía una camisa anudada bajo el busto y ceñido pantalón jean. Era indudable que no esperaba visitas ni parecía dispuesta a salir.

—Lo comparto con una compañera.

—¿Por qué no me la presentas?

—Está pasando unos días en Fort Worth.

—Es cuanto quería saber.

Ralph Skerritt atrapó a la joven por la desnuda cintura. La trajo contra sí besándola en la boca.

—Vamos a pasar una magnífica velada, nena...

Janis le rechazó.

Colocó los brazos en jarras.

—¿Quién te crees que eres? Te tomas muchas libertades, Ralph. Apenas nos conocemos y...

—Eso no debe preocuparte. Tenemos toda la noche por delante.

Janis hizo un mohín.

—Comprendo. Después de dejarme plantada en la mesa del night-club hice algunas averiguaciones sobre Ralph Skerritt. El jugador profesional de póquer. Un vividor. Un cínico. Estás acostumbrado a conseguir todo cuanto te propones, ¿verdad? Con solo chasquear los dedos las chicas de The Lobster acuden solícitas a tus pies. Pues conmigo te has equivocado, Ralph. ¡Lárgate!

—Sigue, Janis.

—¿Cómo?

—Cuando te enfadas resultas aún más bonita. Me gustas. ¿Cenamos juntos?

—¡No! Ya he cenado.

Skerritt se dejó caer en el sofá que adornaba el centro del salón.

—Yo no, pero tampoco me apetece. Vengo de un entierro, ¿sabes? Un entierro quita el apetito. He deambulado sin rombo hasta terminar recordando a la bella periodista de la Baxter Press. En la agencia me proporcionaron tu domicilio. No esperaba encontrarte. Resulta extraño que una diosa como tú se encierre en casa. Sin disfrutar de las alegres noches de Dallas.

—Hoy no estoy de humor. Me disponía a ver la película de televisión y luego retirarme a dormir. Ese sigue siendo mi plan, Ralph. Por lo tanto te ruego que desaparezcas.

Skerritt extrajo una cajetilla de tabaco.

Encendió un cigarrillo.

—¿No trabajas en tu libro-reportaje?

—He renunciado a colaborar en él. Esta misma mañana se lo he comunicado a mi director.

—¿De veras?

—Tú eres el culpable. Estaba muy entusiasmada, pero después de oírte Comenté a mi director que todo lo conseguido era falso. Que existía una red de corrupción que explotaba vilmente a las muchachas de los night-clubs y que...

—No sigas. El director aceptó complacido tu renuncia.

Janis asintió con apesadumbrado rostro.

—Correcto. A mi sugerencia de indagar y descubrir esa explotación, respondió con una soez maldición. Incluso amenazó con despedirme si decidía meter las narices donde no me importa.

—Te lo advertí, pequeña. La verdad se ha hecho para que permanezca oculta.

—¡Yo soy periodista! He costeado mis estudios con mucho esfuerzo, pero también con mucha ilusión. Cierto que estoy empezando. ¡Y no quiero comenzar falseando la realidad!

Skerritt exhaló una bocanada de humo.

—¿Por qué no? Lo hacen todos. Hay verdades que se pueden publicar y otras no.

—Un buen periodista jamás...

—Todos, Janis. No hay excepción. El más honrado de ellos habrá publicado en alguna ocasión las declaraciones de un candidato político, ¿no es cierto? Pues en esas declaraciones, en esas promesas del candidato a un cargo, latía la mentira. ¡Si salgo elegido haré esto, lo otro y lo de más allá! ¡Mentiras! El candidato lo sabe. Y el periodista. Y el editor del periódico... Pero las declaraciones salen en letra de imprenta.

Janis rió divertida.

—Terminaré por agradecer tu presencia. Estaba muy deprimida.

—También yo.

—¿Por ese... entierro? ¿Algún familiar?

—Yo jamás he tenido familia. Tampoco la echo de menos.

—Nada puede reemplazar al amor de unos padres.

Skerritt sonrió.

Cínico.

—Recuerdo a mi primera novia. Tenía catorce años. Al igual que yo. Se llamaba

Paulette. Era muy bonita. Cuando me llevaron al reformatorio, me escapé a las pocas semanas para poder verla. No lo conseguí. Paulette estaba encerrada en un burdel. En una casa de lujo para magnates. Para viciosos forrados de dólares que gustan de jovencitas vírgenes. Su propia madre la obligó a prostituirse. Años más tarde, cuando salí del reformatorio, me informaron de que Paulette había muerto por una sobredosis de heroína.

—Eso es un caso aislado que...

—Por supuesto. En Kromersville conocí a un compañero de litera llamado Donald Smith. De quince años. Su padre le propinaba brutales palizas un día sí y otro también. Cierto día Donald le esperó tras la puerta de casa con un cuchillo de cocina en la mano. Su padre ya no volvería a pegarle jamás.

Janis movió de un lado a otro la cabeza.

—Rectifico, Ralph. Tu presencia aumenta mi depresión. Eres único mostrando e! lado bueno de la vida.

—De acuerdo, nena. Voy a proponerte algo que te animará.

—Lo imagino. Olvídalo.

Skerritt rió.

—No se trata de eso. Puedo proporcionarte el más alucinante y tenebroso suceso para publicar por la Baxter Press.

—¿De qué se trata?

—Es una historia de muertos, Janis. De muertos que salen de sus tumbas...

* * *

La muchacha, acomodada en el sofá junto a Skerritt, escuchó en silencio. Atentamente. Sin interrumpirle.

—Es... fantástico...

—Más que eso. Es diabólico. Ignoro qué se puede ocultar tras todo ello, pero la respuesta está en el Bancroft Center.

—Es absurdo sospechar del doctor Bancroft.

—Sólo él sabía que me disponía a visitar el Black Tulip. Y allí estaban esperando para darme muerte.

—La muerte de Arthur, el desear la tuya... ¿por qué?

—Yo he visto vacía la tumba de Helen Scott. Y Arthur... ¡Maldita sea! Sé que resulta increíble, pero creo que Arthur se enfrentó realmente con el

cadáver de Helen. La respuesta a este absurdo está en el Bancroft Cerner. Necesito tu ayuda, Janis.

—¿ Qué puedo hacer?

—Dada tu conexión a la Baxter Press te será sencillo hacer averiguaciones. Bien en los archivos o por medio de algún compañero especializado en el tema. Quiero un amplio dossier sobre el doctor Bancroft y su clínica.

—Puedo conseguirlo.

—También quiero información sobre el propietario del Black Tulip y de los dos hombres que le acompañaron al infierno. Posiblemente la nota oficial de Homicidios se limite a dar los nombres.

—¿Algo más?

—El resto corre de mi cuenta.

—Ralph... ¿no sería más sencillo y prudente informar a la policía?

—Tengo muy mala reputación, Janis. Tampoco puedo ofrecerles pruebas. Unicamente cargos en mi contra. Profanar tumbas, silenciar mi participación en un tiroteo... Hablaré con la policía en el momento oportuno.

—Puedo ir ahora a la Baxter Press y...

—Ya es muy tarde, Janis. Mañana — Skerritt consultó la esfera del reloj —. Ciertamente es muy tarde. Incluso me da un poco de miedo marchar ahora a mi apartamento. Las calles de Dallas son peligrosas.

—La respuesta es no, Ralph.

—No seas mal pensada. Puedo ocupar la habitación de tu amiga.

—Compartimos la misma habitación.

—¿Dos camas?

—Ahá.

—Perfecto. Ocuparé una de ellas. Prometo cerrar los ojos cuando te desnudes.

—Ni aunque lo juraras sobre la Biblia. En un generoso rasgo de hospitalidad puedo permitirte dormir en el sofá.

—¿AQUÍ?

—El sofá o tu apartamento.

Skerritt se balanceó en el diván.

—Parece confortable...

—Lo es, Ralph.

—Déjame comprobarlo.

Skerritt tomó a la muchacha por los hombros. La besó en los labios a la vez que lentamente la iba reclinando sobre el sofá. Sin interrumpir el beso. Deslizó su diestra por el seno izquierdo de Janis hasta llegar a la anudada blusa.

Janis respondió a las caricias.

Entreabrió los labios dejando que fueran mordisqueados y aprisionados por los de Skerritt en ávidos besos.

Los brazos femeninos se enroscaron tras la nuca de Skerritt Apretujándose contra él. Unicamente dejó espacio para que la mano derecha de Skerritt

quitara el nudo de la camisa.

Ralph Skerritt abandonó los labios de la muchacha para besar su frágil cuello y el inicio de los senos que ahora se mostraban en toda su turbadora desnudez. Fueron cercados por lascivos besos, endurecidos por caricias...

—Te he mentido. Ralph—jadeó Janis—. No comparto el apartamento con ninguna amiga. Mi habitación es de una sola cama. Una cama grande, muy grande...

Ralph Skerritt se incorporó.

Tendió sus manos hacia Janis para ayudarla a levantarse del sofá.

El rostro de la muchacha estaba encendido.

—Aún está el televisor conectado —comentó Janis, esforzándose por paliar su excitación—. Mejor será que lo...

—¡Espera!

La súbita exclamación de Skerritt hizo parpadear a Janis que interrumpió el iniciado ademán de desconectar el aparato.

—¿Ocurre algo?

—Dale voz —Skerritt se aproximó también al televisor—. Eso es Little Street... La ambulancia está frente a la casa de los hermanos Powell.

Al aumentar el sonido del aparato llegó una voz en off. Parecía comentar las imágenes reflejadas en la pantalla.

«—Las cámaras han perdido a nuestro compañero, pero Mel Pickens pronto aparecerá. Pickens, el sagaz reportero de la unidad móvil “Especial-77". En un servicio extraordinario que abre nuestro boletín de noticias. El suceso en directo que... ¡Ahí tenemos a Mel Pickens! J»

La cámara se centró en un individuo joven que pugnaba por abrirse paso entre la multitud que se agolpaba frente a la casa. Los policías uniformados difícilmente distanciaban a los curiosos.

Una mano invisible tendió un micrófono al repórter.

«—Mel Pickens de nuevo con ustedes, amigos de "Especial 77”. Al solicitar conexión con la emisora anuncié al director de los informativos una primicia. Un suceso reciente Un crimen cometido hace apenas unas horas. Mi director no se mostró entusiasmado. ¿Un crimen? Son muchos los que desgraciadamente se cometen en Dallas. No era una noticia para iniciar el boletín ni para desplazar a la ’‘Especial-77; pero yo había escuchado ciertos comentarios que sí hacían especial el suceso. Y vengo ahora de comprobarlos. No es oficial. La policía no quiere decir nada por el momento.»

El repórter hizo una pausa.

Deliberada.

Sin duda para lograr un mayor impacto en sus palabras.

La cámara le enfocó en un primer plano.

«—No se trata de un crimen vulgar, amigos. La víctima es una mujer llamada Shirley Powell. Le han seccionado la yugular; pero lo más demoníaco, lo más monstruoso... es que en el cuerpo de la infortunada Shirley Powell no se ha encontrado una sola gota de sangre.»

CAPITULO XI

Ralph Skerritt mantenía la mirada tija en el ventanal.

La lluvia golpeaba contra el cristal. El día había amanecido gris. Acentuado por aquella lluvia.

La inmovilidad de Skerritt se quebró al sonar el llamador.

Acudió al living franqueando la puerta de entrada al apartamento.

—Ralph...

—Hola. Janis. Pasa...

La muchacha portaba en su diestra un pequeño maletín.

—Lamento haberme demorado, pero...

—De acudir a la hora que te marqué ayer no me hubieras encontrado aquí. Janis. Acabo de llegar con Harold. Nos han retenido toda la noche en el Departamento de Homicidios.

—¿Les has dicho algo?

Skerritt encendió un cigarrillo.

—No. El teniente que lleva el caso parece un individuo inteligente y astuto; pero he preferido no comentarle mis sospechas. Son sólo eso, Janis. Sospechas.

—¿Por qué te han retenido toda la noche en Homicidios?

—Preguntas, preguntas y más preguntas... Están dando palos de ciego. El presentarme ayer en el lugar del crimen interesó al teniente. Lleva también el caso de Arthur. Le consta mi estrecha amistad con las dos víctimas. El pobre Harold no le fue de mucha ayuda. Está aturdido por la muerte de su hermana. Aún no ha reaccionado.

—¿Dónde está?

—Aquí. En mi apartamento. Le he aconsejado que se tome unos somníferos. ¿Tienes el informe?

Janis abrió el portafolios depositándolo sobre la mesa del salón. Extrajo unos papeles.

—Muy amplio, Ralph; pero dudo que llegues a alguna conclusión. No hay nada turbio en el doctor Dyan Bancroft. Es un excelente cirujano y psiquiatra. Hace poco más de cinco años edificó el Bancroft Center. Invirtió en él toda su fortuna, pero el negocio parece responder a la perfección. Tengo datos relativos a la situación económica del doctor Bancroft y su centro. La clínica es...

—¿Puedes decirme el uniforme que llevan los enfermos? — interrumpió Skerritt —. Es importante, Janis. Acabo de recordar ahora cierto detalle interesante.

—Por aquí debe estar... —la muchacha rebuscó entre los papeles—. Al dorso del plano. He conseguido también un croquis de todas las instalaciones de la clínica. Sí, aquí... Hay varios uniformes, Ralph. Dependen de las salas.

—¿Algún uniforme gris?

—Sí. Ralph. Uniformes grises para los enfermos del Pabellón Psiquiátrico. Es un anexo emplazado en la zona ajardinada a espaldas del edificio central. En el plano puedes...

—Ya no necesito más.

—¡Ralph!...

Skerritt abandonó precipitadamente el salón Retornó a los pocos minutos revisando el cargador del «Smith & Wesson».

—Quédate aquí, Janis. Me pondré en contacto contigo para darte instrucciones.

—Pero... ¡Ralph!

Skerritt hizo caso omiso a la llamada de la joven.

Salió del apartamento.

Poco más tarde conducía el «Corvette» por la Ross Avenue.

Su impasible rostro no parecía acusar emoción alguna; sin embargo sus ojos sí delataban su estado de ánimo.

Uniforme gris.

Arthur le dijo que Helen se presentó luciendo un uniforme gris.

¿Helen?

¡Dios!... ¡Helen está muerta!

Ralph Skerritt sacudió la cabeza. Tenía que descubrir la verdad de todo aquello o terminaría por volverse loco.

Durante el trayecto, en uno de los obligados stops, levantó el asiento contiguo. De una caja extrajo una pequeña pistola. Una automática «Bauer». Un juguete muy peligroso. Dotada de una pequeña funda lo acopló a su pierna derecha. Poco más arriba del tobillo.

Divisó el Bancroft Center.

Con sus diferentes accesos. Carril de urgencias, entrada principal, zona sur... Todo cuidadosamente señalizado.

La entrada al Pabellón Psiquiátrico era la única controlada por un guardián.

Ralph Skerritt detuvo el auto ante la barrera. Esperó a que el guardián saliera de la caseta. No ocurrió así. El vigilante se limitó a dirigirle una mirada. Sin abandonar la cabina pulsó el mando que alzaba la barrera.

Skerritt, que ya tenía preparado un buen pretexto, se sorprendió por aquellas facilidades. Reanudó la marcha enfilando hacia el parking existente frente al pabellón.

La amplia explanada era todo un verde campo. Mesas, jardín, tumbonas y sillas. Varios pacientes en gris uniforme paseaban tranquilamente, aunque también eran visibles los enfermeros guardianes.

Skerritt salió del auto.

El pabellón tenía forma triangular. Por uno de los lados quedaba unido al edificio central. Una especie de porche cubría la entrada al anexo.

Al pisar el primero de los escalones vio aparecer a

Judith Wilder.

—Buenos días, Ralph. Apuesto que quiere ver al doctor Bancroft.

—Correcto.
—Sígame. El también le está esperando.
Skerritt fue conducido hacia uno de los elevadores.
La mujer, muy sonriente, presionó un botón no señalizado en el panel de la cabina. Un pulsador que, camuflado en la pared, no resultaba visible.
El elevador inició el descenso.
Concluido el recorrido se abrió la puerta automática.
Ralph Skerritt se encontró ante una amplia sala de níveas paredes. Varias camas se alineaban a la izquierda.
—Adiós, Ralph.
La mujer, antes de que Skerritt pudiera reaccionar, se introdujo de nuevo en la cabina.
Skerritt quedó solo.
Aunque...
No.
No estaba solo.
Ocho de las camas allí alineadas permanecían ocupadas.
Cinco hombres y tres mujeres yacían inmóviles. Rígidos. Silenciosos...
Ralph Skerritt avanzó lentamente.
A cada paso sentía que la sangre le golpeaba con fuerza en las sienes. Un súbito escalofrío le recorrió la espalda a la vez que experimentaba un ligero temblor en las rodillas.
Todo aquello era originado por el terror que se descubría ante sus ojos.
Los ocupantes de las camas vestían uniforme gris. Todos ellos, tanto hombres como mujeres, parecían momias. La piel reseca y materialmente pegada a los huesos. Sin mover un solo músculo. Como si estuvieran muertos...; pero no era así.
Todos ellos permanecían con los ojos muy abiertos.
Contemplando fijamente a Skerritt.
Siguiendo con la mirada cada uno de sus movimientos.

* * *

Una puerta de guillotina se alzó al fondo de la sala.
Dyan Bancroft apareció acompañado de otro individuo que portaba en su diestra una «Luger».
—Celebro su visita, Skerritt —dijo el doctor Bancroft, con abierta sonrisa —. Me evita el tener que ir a buscarle. Gilford...
El llamado Gilford, que se cubría ron una larga bata blanca al igual que el doctor, avanzó hacia Skerritt. Sin dejar de encañonarle le registró arrebatándole el «Smith & Wesson».
Bancroft chasqueó la lengua.
—No era una visita de cumplido. Skerritt.
—Por supuesto que no, doctor. Tras de mí llegará el teniente de

Homicidios y sus hombres.

Dyan Bancroft rió ahora a carcajadas.

—He tenido suerte contigo. Los tipos como tu suelen acudir a la policía en situaciones límite. Temí que tras la muerte de Shirley Powell, decidieras abrir la boca, pero tus sospechas únicamente provocarían burlas. Sólo tienes sospechas, Skerritt. De no haber descubierto que el ataúd de Helen está vacío te hubiera dejado en paz. Tu error fue dar crédito a Arthur. Eso te ha sentenciado. Yo no fracasaré como Rhoder y los demás estúpidos que se dejaron matar.

—¿Qué has hecho del cadáver de Helen? La muerte de Arthur, Shirley... ¿Por qué?... ¿Por qué?...

—¿Cadáver de Helen? —el doctor volvió a reír desaforadamente—. No comprendes nada, ¿verdad? Lógico. Mi plan es demasiado... original. Voy a complacer tu curiosidad. Es lo menos que puedo hacer por un condenado a muerte. Todo empezó mucho antes de

Helen. Yo soy ambicioso. Y no he puesto límites a mi ambición. El Bancroft Center fue sólo el principio. Gasté hasta el último centavo resultaba muy largo el plazo para compensar el desembolso. Fue aquí, al frente de la clínica, cuando descubrí el fabuloso negocio.

El doctor hizo una pausa.

Sonrió.

Sin apartar su siniestra mirada de Skerritt.

—Sí... Un negocio fabuloso. Existe un líquido más valioso que el petróleo. La sangre. El más preciado de los líquidos. La sangre escasea. Ni los donantes voluntarios ni los que la ceden a cambio de unos dólares son suficientes. Máxime en determinados grupos sanguíneos de difícil localización por su especial factor. En el Bancroft Center descubrí importantes clientes que necesitaban periódicamente transfusiones. Supongo que habrás oído hablar de David Watkins, el magnate del vidrio. Todos !e conocen, pero muy pocos saben que Watkins padece hematodixia. Una enfermedad debida a una malformación genética. Una alteración metabólica del organismo que necesita regenerar la sangre con frecuencia. Watkins es un buen cliente. Dispuesto a pagar cualquier cantidad. Al poco de construir la clínica, la escasez de sangre era un problema mundial. Y yo quería complacer a Watkins. Llegó una urgencia. Un vagabundo en estado de coma. Su grupo sanguíneo podía donar a Watkins. No lo dudé.

—¿Quieres decir...?

—No te impacientes, Skerritt. Déjame continuar. Certifiqué la muerte del vagabundo como patológica. Nadie reclamó el cadáver y, con la colaboración de la Black Tulip, salvé ciertos trámites legales enterrando al vagabundo. Nadie vio su desangrado cadáver. Me percaté de que determinados pacientes podían ser una buena fuente de... donantes. Fui seleccionando el personal a mis órdenes. Médicos inteligentes, pero también carentes de escrúpulos. En el laboratorio se fabricó una droga que origina un paro total en el ritmo

respiratorio. Una paralización en el corazón.

El doctor se adelantó unos pasos.

Prosiguió:

—Los latidos cardíacos morcan el rumo de la vida. Esa es la creencia popular e incluso para lo legislación; pero una persona cuya respiración haya cesado y sus pulsaciones cardiacas sean inexistentes, puede estar viva siempre que su cerebro consiga que la línea dibujada en el electroencefalograma se aparte de la recta. Eso es lo conseguido con nuestra droga. Aquí los tienes, Skerritt.

El gesto de Bancroft fue teatral.

Su brazo derecho hizo un semicírculo señalando a los rígidos ocupantes de las camas.

—Los domino totalmente, Skerritt. La droga les somete a mi voluntad. Están como hipnotizados. En una vida vegetal. Como hibernados. Me obedecen como autómatas. Los he seleccionado. Cada uno de ellos es cíe un pruno sanguíneo acorde con las exigencias. Helen me resultó interesante en aquel momento. Grupo AB. Cuando llegó aquí, su estado de shock era de fácil curación; pero yo administré la droga que le originó esa muerte artificial.

—Hijo de perra...

Bancroft sonrió.

Ajeno al insulto.

—Por favor, Skerritt... Un respeto para la Ciencia. Reconoce lo admirable de mi obra. No podía dedicarme a extraer la sangre de los pacientes difuntos Siempre hay familiares molestos. De ahí la idea de la droga. Los pacientes son enterrados, pero Black Tulip procede de inmediato a desenterrarlos y devolverlos al Bancroft Center. Y yo los convierto en autómatas que me suministran sangre. Perfectos vampiros. Merced a los archivos del centro y de otras clínicas conozco a individuos con grupos sanguíneos especiales. Y les envío a uno de mis... robots humanos. Telepáticamente obedecen mis órdenes. Atacan y succionan la sangre de la víctima. Luego son intervenidos y sometidos a una especie de lavado de estómago y la sangre depurada y preparada para su utilización. Tengo un fabuloso negocio de comercialización de plasma sanguíneo. La plasmaféresis es un negocio aún más lucrativo que el de la sangre.

—¿Cómo pueden vivir así? —Skerritt fijó momentáneamente su mirada en los inmóviles cuerpos —. En semejante estado.

—Mediante drogas especiales. Me ocasionan muy poco gasto, Skerritt. Y son muy productivos y obedientes. Al estar en contacto telepático con ellos siguen fielmente mis instrucciones y yo puedo «ver» a través de ellos.

—¿Qué ocurrió con Helen?

—¡Ah, Helen!... Ella fue la excepción. Aún no comprendo realmente lo ocurrido. Iba en una de las ambulancias por Barrio Cook. A... visitar a determinado «donante»; pero bruscamente cesó mi contacto telepático con Helen. Pareció seguir a una fuerza mental mayor.

La de Arthur Browne.
El doctor asintió.
—Correcto. Luego lo comprendí. Arthur. Su marido. Era el aniversario de la supuesta muerte de Helen. Arthur la recordaba. Intensamente. Con fuerza. Y Helen acudió a esa llamada. Debatiéndose entre el poder de mi mente y !a atracción psíquica de Arthur. Este, aunque muy enamorado, no supo contener el terror. Helen estaba muy... cambiada. Disparó sobre ella. Y yo había alertado a mis hombres indicándoles que Helen no estaba en el lugar señalado. Vieron salir a Arthur corriendo como alma que lleva el diablo.
—Y retiraron el cadáver de Helen, la pistola Y demás huellas.
—Así la policía no daría crédito a la fantasiosa historia. Lógicamente no podíamos dejar a Arthur con vida. Había visto a Helen. Le inyectamos la droga y se simuló el suicidio. Mis hombres no pudieron evitar que te telefoneara en demanda de ayuda. El acudir luego al cementerio de Wise Road te sentenció. A ti y a ese idiota de Harold Powell.
—¿Y Shirley? ¿Por qué ella?
—No entraba en mis planes, pero compartía el apartamento con su hermano. Tiene de grupo sanguíneo 0. Muy apreciado. No podía desperdiciar aquella magnífica ocasión de incrementar mis stocks y...
—¡Maldito engendro de Satanás!
La acción de Skerritt, por lo rápida e inesperada, sorprendió a los dos individuos. Primeramente se abalanzó sobre el doctor para proyectarlo contra Gilford.
—¡Aparte, doctor! —Gritó Gilford, sin poder evitar el encontronazo—. Yo le...
Gilford quiso disparar.
No fue lo suficiente rápido.
Ralph Skerritt se había inclinado atrapando la pistola acoplada en su pie derecho. Disparó fríamente. A la cabeza del individuo.
Gilford se desplomó con un negruzco orificio entre ceja y ceja.
—¡No dispares!... ¡No dispares! —suplicó Bancroft.
Skerritt le dedicó una dura sonrisa
—¿Por qué no? Un jurado te consideraría como demente. Sólo un loco sería capaz de llevar a cabo tan monstruoso plan. Un loco... o un individuo diabólico. Tú no estás loco, doctor. Yo administrare justicia. Seré juez... y verdugo.
Bancroft no respondió.
Su mente estaba en funcionamiento.
Ordenando a los muertos-vivientes que actuaran.
Ralph Skerritt se percató de tillo al oír chirriar una de las camas.
Giró con rapidez contemplando horrorizado como aquellos seres infrahumanos se incorporaban avanzando hacia él.
—¡Atrás!... ¡Atrás!... —exclamó Skerritt—. ¡Atrás o disparo!
Dyan Bancroft aprovechó para huir hacia la puerta de guillotina que se

cerró tras él.

Skerritt comenzó a retroceder.

Incapaz de disparar sobre aquellos deformes seres.

Pugnó por dar con el oculto mando que llevaba el elevador hasta la sala. De pronto le llegó la voz de Bancroft por un altavoz.

—He bloqueado el ascensor, Skerritt. No te molestes en dar con el interruptor. Vas a morir y...

La voz del doctor se interrumpió.

Fue reemplazada por el ulular de una sirena.

Volvió a escuchar a Bancroft.

—Eh, Skerritt... Tengo una buena noticia. Acaba de sonar la alarma. Por el circuito de televisión veo como tu amigo Harold Powell ha roto con su amo la barrera de entrada al Pabellón Psiquiátrico. Ahora le detendrán mis hombres... pronto te hará compañía en el infierno. Por cierto... ¿cuál es tu grupo sanguíneo?

La voz de Bancroft se tornó en carcajadas.

Dejó de comunicarse.

Ralph Skerritt ya había sido acorralado en uno de los rincones de la sala.

Dos de los individuos tendían hacia él sus garras. Sus largos dedos. La boca entreabierta. Asomando los afilados colmillos. Con un fétido vaho...

Skerritt los apartó de violento empujón.

Trató de escapar, pero una de las mujeres le atenazó por la cintura.

Skerritt cayó.

Y tras él se abalanzaron aquellos monstruosos seres de ultratumba.

EPILOGO

De todos los estados. Todos los medios de comunicación del país se habían hecho eco del espeluznante y asombroso suceso del Bancroft Center. Los titulares muy expresivos. «Los muertos-vivientes del doctor Bancroft». «Zombies bebedores de sangre»... También se recogían las confesiones del doctor y sus secuaces. Las víctimas, aquellos infortunados seres utilizados por la diabólica mente del doctor, estaban siendo tratados. Posiblemente ninguno lograría sobrevivir. Afortunadamente para ellos les llegaría la muerte. Una muerte real.

—¿Aún no estás preparado, Ralph? Harold llegará de un momento a otro. Está muy entusiasmado con tu invitación para cenar en el Richmond. Incluso ha alquilado un smoking.

Skerritt sonrió.

Muy levemente.

Sus maltrechos labios y las heridas del rostro no le permitían más.

—Es lo menos que puedo hacer por él. Se puede decir que Harold me salvó la vida. Me libró de... ellos. Me tenían a su merced. Los hombres golpeándome como posesos. Las mujeres arañando...

—Fui yo quien avisó a la policía —recordó Janis, con fingido mohín de desagrado—. Es a mí a quien debes el seguir con vida. Cuando Harold salió tras de ti hacia Bancroft Center decidí avisar al teniente.

—Okay. Pero fue un coche de la Metropolitan Pólice el que acudió al Bancroft Center alertado por la sirena que Harold había hecho saltar lanzándose contra la barrera.

La muchacha abarcó con sus manos el rostro de Skerritt acariciándolo con suavidad.

—No hay duda de que eres un hombre afortunado.

—¿Afortunado? Un poco más y acaban conmigo.

—¿Qué me dices del trato recibido en Homicidios? Han echado tierra a tu visita al Wise Road, tu silencio por lo ocurrido en Black Tulip... y toda la prensa mundial te convierte en el héroe del día. Además está la oferta de la Baxter Press.

—He recibido otras. Dos importantes editoriales neoyorquinas también se han interesado para que realice la historia del doctor Bancroft en cómic.

—¿Qué piensas hacer?

Skerritt se encogió de hombros.

—Aún no lo sé, pero debo decidirme por algo. He abandonando mi... trabajo en The Lobster.

—Te felicito, Ralph.

—¿De veras? Espera a que terminen mis ahorros.

—Eres un gran dibujante, Ralph. Puedes abrirte camino en ese campo.

—¿Un cómic sobre el monstruoso doctor Bancroft? No, Janis... No lo haré.

No quiero aprovecharme de tan espeluznante experiencia. Tu caso es distinto. Eres periodista y debes servir una información. Lo has hecho muy bien. Sin truculencias. Otra editorial de Nueva York ha Sido más original que las restantes. No menciona el caso Bancroft. Simplemente me ofrece seis páginas de su publicación. Tema libre. Sin censura. Sin presiones de ningún tipo. Empezaré por ahí.

—Triunfarás, Ralph. No ganarás el dinero tan fácilmente como en The Lobster, pero te sentirás mucho mejor.

—Sí. Más ligero de bolsillo.

—¡Cínico!

Janis le echó los brazos al cuello.

Aproximó sus labios. Muy suavemente. Con extremado cuidado besó los doloridos labios de Skerritt.

Ralph Skerritt se apoderó ávidamente de los gordezuelos labios femeninos. Olvidando las heridas. Olvidando la trágica aventura vivida. El siniestro comercio del doctor Bancroft. Su orgia de sangre y muerte...

Todo se borró de la mente de Skerritt.

Su atención se centró en Janis. En la esperanza de una nueva vida. Un nuevo sendero a seguir.

Sí.

Saldría triunfante.

Máxime contando con el amor y el apoyo de Janis.

FIN